

VANESSA B. BASTIDAS

Ross



**EL NIÑO QUE SE QUEDÓ CON EL
CORAZÓN DE TODOS**

Ross

El niño que se quedó con el corazón
de todos.

Vanessa B. Bastidas

© 2025 Vanessa B. Bastidas. Todos los derechos reservados.

Este cuento ha sido escrito y publicado por su autora como contenido gratuito.

Está destinado exclusivamente para su lectura personal a través de los medios autorizados.

Queda estrictamente prohibida su venta, reproducción total o parcial, distribución o modificación por cualquier medio sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

Si deseas compartir esta obra, por favor hazlo a través del enlace oficial de su publicación original.

Capítulo 1

La Bendita Creación de Dios

Soy Susan. Tengo 35 años, a punto de cumplir los 36, así que sí, nací en 1990. Desde niña creía que la vida debía tener algo más para ofrecer que solo cosas por hacer. A medida que fui creciendo, entendí que nada viene solo: todo trae un apéndice. Si tienes una buena vida, esta viene acompañada de muchas cosas que atender. Aun así, vale la pena el esfuerzo.

No crecí en un hogar lujoso. Era una vida bastante normal, donde mis únicas responsabilidades eran estudiar y “ser alguien en la vida”, ya saben... lo que siempre nos enseñan.

Pero hubo algo que me cambió para siempre.

Cuando tenía 10 años, conocí a un niño lo bastante particular como para no pasar desapercibido. Su nombre era Diego. Les voy a contar cómo y dónde lo conocí.

Nos cruzábamos camino a nuestras escuelas. Estudiábamos en lugares distintos. Él venía de una

familia acomodada: tenía su propio auto y chofer, y asistía a ese colegio donde yo siempre soñé estudiar. Mis padres no podían costear una educación así; ese lugar era increíblemente selectivo. Se podrán imaginar el tipo de personas que ingresaban a ese palacio.

El colegio se llamaba **“La Bendita Creación de Dios”**. Por fuera, parecía sacado de una postal: ventanas enormes, paredes antiguas cubiertas de un moho elegante que evocaba tiempos romanos. Se decía que allí había vivido un antiguo rey.

Los jardines eran vastos y coloridos, con una vegetación de un verde casi irreal. El personal vestía uniformes beige con azul; los profesores eran esbeltos, hermosos, parecían ricos también. El resto del personal era más sencillo, pero todos llegaban en autos. Los estudiantes llevaban túnicas elegantes y las aulas eran gigantescas, con no más de quince alumnos por clase. Estudiaban materias como arte, pintura, finanzas e inversiones.

Nada que ver con lo que nos impartían a nosotros en la escuela pública: matemáticas, literatura, ciencias de la naturaleza... y gracias.

Mi escuela se llamaba simplemente **“Unidad Educativa del Sur”**. En cada aula éramos mínimo treinta estudiantes. Todos llegábamos en transporte escolar,

salvo algunos que, con más suerte, eran llevados por sus padres.

Jamás me avergoncé del lugar donde estudiaba. Era lo que mis padres podían pagar, y yo no me quejaba. Pero comparar mi escuela con aquel palacio era inevitable. Ningún niño de la Escuela del Sur podía ignorar lo que ocurría del otro lado de la calle. Al llegar o salir, simplemente no podías evitarlo: no todos nacimos con las mismas oportunidades.

El día que conocí a Diego llovía muchísimo. Yo esperaba el autobús escolar en el mismo sitio de siempre, pero mi hermano Ross me había retrasado. No quería mojarse porque, como siempre, tenía gripe.

Tuve que esperar que la lluvia bajara un poco para llevarlo a su escuela. Esa también era mi tarea. Ross siempre ha sido mi adoración. Nos llevamos seis años. Para entonces yo tenía diez, y él, cuatro. Como su hermana mayor, debía cuidar de él. No solo por su edad, sino también por su salud: estaba en silla de ruedas. Nació con una extraña enfermedad que no le permitía correr ni jugar como los demás niños. Pero esa historia la contaré más adelante.

La lluvia seguía cayendo y yo iba tarde a la clase de inglés con la señora Doris. Era una mujer estricta con el

horario, aunque siempre estuviésemos viendo lo mismo: el verbo “To be”.

Esperando el autobús, se detuvo frente a mí un auto lujoso. Para mi sorpresa, bajaron la ventanilla trasera y una voz dijo:

—¡Ven, sube!

Quedé pasmada. Era el niño más hermoso que había visto jamás. Vestía una de esas túnicas con el emblema de **“La Bendita Creación de Dios”**. No se me ocurrió nada mejor que hacer que subir al auto. No pensé en nada negativo, ni siquiera que podría tratarse de un desconocido peligroso. Solo subí. De un portazo cerré la puerta.

—¡Vaya, eres fuerte!

—¡Lo siento! —dije con timidez—. Espero no mojar mucho el auto... antes de llegar aquí ya estaba empapada. Mi nombre es Susan.

—No te preocupes. Ya sé quién eres. Soy Diego. Un gusto conocerte. Siempre te veo en esta parada. Estudio frente a tu escuela.

Noté de inmediato que Diego tenía dificultad para expresarse. Tartamudeaba un poco y tenía un leve problema facial que complicaba su pronunciación. Sin embargo, se le entendía perfectamente.

—¡Sí, lo sé! Bueno, lo sé porque lo dice tu túnica.

—Bueno, sí... es cierto. Siempre he querido llevarte a tu escuela, me queda de paso, pero no encontraba una excusa para hacerlo. Aquí siempre hace sol. Hoy vi la lluvia... y deseaba que aún estuvieses en la parada.

—¿Mojándome?

—¡No! Por supuesto que no. Solo quería conocerte.

—Ah... bueno. Gracias —respondí. No se me ocurrió nada mejor que decir. Ahí estaba Diego, hermoso... y yo sin saber que existía.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Bueno... quizás suene extraño, pero creo que conozco algunas cosas sobre ti. He querido hablarte desde hace tiempo. Le pedí a un chico de tu escuela que al menos me dijera tu nombre.

—¿Y por qué querías conocerme?

—Me gustaría ser tu amigo. En realidad, no tengo amigos. A la gente le cuesta hablar conmigo.

Se entristeció al decirlo.

—Bueno, eres un chico amable y educado. Si no quieren hablar contigo, es porque son unos idiotas. ¿Cómo sabías que yo sí hablaría contigo?

—Te veo todos los días llevando a tu hermano a la escuela. Alguien que hace eso no puede ser una mala persona... incluso después de verme o escucharme hablar.

—¡Ah! ¿Entonces me has estado espiando? Ya me asustas.

—No, no, no te asustes. No en malos términos. Los veo cuando paso en el auto. Hoy salí más tarde de lo habitual, pero siempre los veo. Sé que es tu hermano porque el chico de tu escuela me lo dijo.

—Entiendo. Solo estaba bromeando, Diego. Podemos ser amigos, sí.

Justo en ese momento sentí como mis tripas y mi estomago eran uno solo. Sin darnos cuenta, en un parpadeo ya estábamos frente a la escuela, me bajé del auto y cerré la puerta despacio

—Gracias, Diego.

—No hay de qué, Susan. Puedo llevarte a ti y a tu hermano cuando quieras, o todos los días.

—Debo preguntar a mis padres, Diego, pero muchas gracias. No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo, no me cuesta nada. Siempre vengo solo a la escuela, además me queda de paso. Para mí sería un enorme placer traerlos todos los días.

—Bien, lo plantearé esta noche en la cena. Si me dan permiso, podrás hacerlo. Una vez más, gracias, Diego.

El auto de Diego ingresó a “La Bendita Creación de Dios” y yo quedé perpleja por lo que acababa de suceder. No tenía la más mínima idea de qué había sido todo

aquello. Ese tipo de cosas no le pasa usualmente a la gente normal, eso solo pasa en los libros, novelas, películas... pero en la vida real, eso no sucede.

Ese día fue todo menos normal. Por supuesto, gran parte de la escuela me vio llegar en ese auto y todos me preguntaban quién era, cómo se llamaba, por qué me había llevado a la escuela. Fue un día agotador, realmente. Solo me limité a decir que no era de incumbencia de nadie, para que dejaran de molestarme con el tema.

A la salida de clases me fui en el bus escolar, busqué a Ross y nos fuimos caminando a casa. El día de Ross fue magnífico, había ganado una medalla en el juego de ajedrez de su escuela. Le había enseñado cómo mover las piezas y también cómo jugar con estrategia. Amaba el ajedrez y siempre jugábamos juntos, hasta el punto que el alumno superó al maestro considerablemente.

—¡Le gané al niño más inteligente de mi clase, Susy!

—Pero ¿cómo es eso posible? Si el niño más inteligente de tu clase eres tú.

—No me hagas sentir bien con eso, ambos sabemos que no soy un prodigio.

Lo que Ross no sabía es que nadie a los cuatro años habla como un hombre de sesenta, ni juega ajedrez como un maldito genio.

—Bueno, bueno, para mí lo eres. ¿Sabes que hay alguien que quiere ser nuestro amigo y llevarnos a la escuela todos los días en su auto? ¿Qué opinas?

—Yo sueño con el día en que podamos ir a la escuela en auto, sin que estés empujando esta silla siempre, Susy —dijo Ross. Lograba, muchas veces, llegar a las fibras de mi corazón como nadie más lo hacía.

—¿De quién se trata?

—Se llama Diego. Estudia en el colegio que está justo frente a mi escuela.

—Bien, podemos preguntar a mamá y a papá si podemos recibir su ayuda.

—Justo por eso te estoy comentando. Me gustaría decírselo en la cena. Ya casi vamos a llegar a la bajada, colócate el cinturón de la silla... que nos vamos a divertir.

—¡Siiiiiiii! ¡Mi parte favorita del regreso a casa!

Recuerdo que demorábamos unos treinta minutos caminando hasta llegar a casa. Cuando ya estábamos por llegar, nos deslizábamos con la silla de ruedas por la calle y gritábamos como un par de desquiciados los dos.

Al llegar a casa —no lo olvido aún— la rutina era la de siempre: esperar que bajara un poco el calor, si era verano, o entrar en calor si era invierno. Luego, darle una ducha a Ross y sus masajes de todos los días. Así que ese

día hicimos lo propio. Por suerte, Ross era lo suficientemente ligero y podía cargarlo sin problema.

Recuerdo que ese día hicimos algunas cosas extras en casa, tratando de sumar puntos para que nos autorizaran la ida con Diego. No estaba segura de cómo explicarles a mis padres que me había subido al auto de un niño desconocido para ir a la escuela. Tampoco que él ya sabía mi nombre, lo que hacía con mi hermano en las mañanas, y todos esos detalles que, cuando tienes diez, no sabes cómo encubrir con una historia creíble.

Jamás fui una niña de mentirle a mis padres. No quería empezar en ese momento. Además, la seguridad de Ross también estaba en juego —aunque no era lo que pensaba entonces—, así que esa cena fue muy determinante para nosotros. Ross estaba ansioso y yo muerta de miedo. Es difícil olvidar el miedo que sentí justo en ese instante.

La cena comenzó muy tranquila, como siempre. Nuestros padres eran profundamente amorosos con los dos. Siempre quisieron tener tres hijos, pero después de Ross, decidieron que dos era suficiente.

—¿Cómo estuvo la escuela? —preguntó papá.

—¡Bien, papá! ¡Le gané al chico más inteligente de la clase en ajedrez! Estoy muy contento por eso.

—¡Qué increíble! Pero... ¿cómo el chico más inteligente le ganó al más inteligente?

—¡Te lo dije! —le revolví el cabello a Ross con una sonrisa.

—Susy también me dijo lo mismo, papá, pero como le dije: todos sabemos que no soy un prodigio.

—Bueno, eso está por verse. ¿Y a ti, Susy? ¿Cómo te fue? —preguntó mamá, que había estado muy callada.

—Bien. En realidad, quería hablarles de algo que me pasó hoy camino a la escuela.

—¿Todo bien?

—Sí, mamá, todo bien. Hice un nuevo amigo, que quiere llevarnos a Ross y a mí a la escuela todos los días en su auto.

Por supuesto, las caras de mis padres fueron de enorme sorpresa. Así que ya había comenzado. Les conté todo, con detalle. Como les dije, jamás les había mentido y no iba a hacerlo en ese momento. Lo peor que podía pasar era que me dijeran que no.

Luego de un silencio bastante largo e incómodo — donde el único sonido era el de los cubiertos— papá dijo:

—Bueno, tu madre y yo lo discutiremos esta noche y mañana te daremos una respuesta. ¿Te parece bien?

—Sí, papá. Con que lo piensen, está bien para nosotros. Se ve como una buena persona, como les dije.

Estoy contenta con lo que decidan hacer. Sé que, sea cual sea la respuesta, será por nuestro bien. Es lo que siempre nos dicen.

Por dentro me moría porque nos aprobaran la idea. Quería seguir viendo a Diego, me había agradado mucho. Solo tenía diez años, pero sabía, incluso entonces, cuando alguien me agradaba y cuando no.

Esa noche estuve muy inquieta. No podía dormir, estaba muy estresada por la respuesta de mis padres. Quería que me dijeran que sí, pero en el fondo también sentía algo de temor. A los diez años le tememos a todo, ¿y si me había precipitado? ¿Y si Diego no era lo que yo pensaba que era? ¿Y si solo quería burlarse de nosotros con sus compañeros ricos? ¿Y si quería secuestrarnos cuando tuviera la oportunidad y hacer experimentos con nosotros en un laboratorio oculto en el sótano de su mansión?

Eran muchas las posibilidades de que algo no saliera bien. Como dije, nada podía ser tan perfecto. Recuerdo que me hice muchas más preguntas que esas. Estaba ansiosa... pero entre tantos pensamientos me quedé dormida.

—¡Susy! ¡Susy!

Me desperté de un salto. Eran mamá y papá que me estaban llamando.

—¿Qué pasó? ¿Ross está bien?

—Sí, hija, todo está bien. Está dormido ahora. Queremos hablar contigo respecto a lo que nos dijiste en la cena.

Me incorporé de inmediato. El sueño se fue al lugar del nunca jamás.

—Sí, mamá, claro. ¿Ya tomaron una decisión?

—Sí. Hemos decidido que queremos conocer a tu amigo, para conversar con él... y si es posible, también con sus padres. Sabemos que cuidas de Ross y de ti misma en el camino a la escuela, pero no queremos que les pase nada. Confiamos en ti y en lo que nos dices. Si tu amigo está dispuesto a conocernos, lo esperamos para conversar.

—¡Bien, mamá! Muchas gracias por darnos la oportunidad. Sé que vendrá. Mañana iremos a la escuela como siempre y, cuando lo vea, le diré lo que me dicen ahora. Y bueno, después ustedes deciden con mayor facilidad. ¿Está bien?

—Siempre has sido muy madura para tu edad, Susy. Estamos orgullosos —dijo papá, sereno como siempre.

Capítulo 2

El niño de cristal

Al día siguiente, como siempre, todos nos preparábamos para ir a la escuela y al trabajo. Estábamos a punto de desayunar cuando sonó el timbre de la casa.

—Espero que no sea el casero —comentó papá entre dientes mientras se dirigía a la puerta—. ¡Cariño! ¡Tienes que venir a ver esto!

Mamá se levantó de la mesa y fue directo a la puerta. Para sorpresa de ambos, afuera estaba Diego, acompañado de su chofer y con un andador.

—Disculpen, señores Poulsen. Mi nombre es Ricardo, soy el chofer de Diego, este jovencito que está aquí. Ayer le hizo una propuesta a su hija para llevarlos a clase. Ella dijo que lo consultaría con ustedes. Diego quiere asegurarse de que efectivamente hayan conversado y está a disposición.

Mis padres estaban perplejos, tanto como lo estuve yo el día anterior. No lograban articular palabra.

—Por favor, pasen adelante —dijo papá desde su asombro—. Estábamos por desayunar. Es un gusto conocerlos a ambos.

Ambos entraron. Diego demoró un poco en llegar al comedor. El rostro de Ross era pura alegría.

—¡Diego, qué gusto conocerte! Puedes sentarte conmigo, a mi lado. ¿Gustas cereal?

Diego, con una sonrisa repleta de honestidad, solo pudo decir:

—¡Por supuesto, amigo!

Me observaba de reojo, y yo aún no salía de mi asombro. Jamás hubiese imaginado que Diego caminara con un andador, y con tanta dificultad.

Ricardo, al principio, no se acercó a la mesa, hasta que mi padre le dijo:

—Ambos son bienvenidos a desayunar con nosotros, Ricardo. Por favor, siéntate.

Avergonzado, Ricardo se sentó junto a Diego, con una sonrisa tímida.

—¡Muchas gracias, señor Poulsen!

—¡Hombre, gracias a ustedes! —respondió papá—. Anoche hablamos con Susy sobre su planteamiento. Queríamos conocer a Diego para asegurarnos de que era seguro para los chicos. Pensábamos tener esta

conversación mañana. Estamos agradecidos de que estén aquí ahora.

—¡Gracias a ustedes por invitarnos a pasar! —dijo Diego con mucha educación. Era evidente su dificultad al hablar, así que continuó con esfuerzo—: Le hice el ofrecimiento a Susan ayer, camino a la escuela. Siempre pasamos por estas calles, camino a la escuela, y hemos notado que ambos suben caminando esa enorme cuesta hasta la escuela de Ross. Luego, Susan debe tomar el autobús a la suya. Para nosotros sería un placer llevarlos a diario. Mi auto está acondicionado para sillas de ruedas y otros instrumentos médicos. Como verán, no camino por mí mismo sin el apoyo del andador, pero hay días en los que la silla de ruedas me resulta más cómoda.

Todos estábamos absortos en las palabras de Diego. Manejaba la situación con una elocuencia desarmante.

—Comprendemos, Diego. Gracias por tu ofrecimiento. Sabemos que para Susy no es sencillo hacer esto a diario. Lleva meses haciéndolo y jamás se ha quejado de su suerte. Por supuesto que puedes llevarlos a sus escuelas todos los días. ¿Qué piensan tus padres al respecto?

—Mamá y papá están demasiado ocupados en sus asuntos como para ver los míos. Además, estoy seguro de que no les gustaría la idea, especialmente a mi madre.

Siempre me limitan todo lo que pueden, y más si tengo contacto con otras personas. He venido aquí a decirles eso: que, si ellos no se enteran de esto, es mejor para mí. Como verán, no tengo muchos amigos, y espero hacer una linda amistad con sus hijos. Veo en ellos muchas cosas que hay en mí, y no lo digo por la condición de Ross, sino por su calidez. Son una linda familia.

—¡Gracias, Diego! —mamá estaba con el corazón hecho una pasa, y yo todavía no podía decir nada; estaba anonadada de tanta belleza. Tenía 10 años, no me juzguen.

—¿Por qué caminas con andador? —preguntó Ross sin reparo alguno.

—¡Eso no se pregunta, Ross! —dijo mamá dando un salto.

—No, está bien. Tengo fibromialgia grave. Comenzó cuando tenía seis años, y desde entonces ha empeorado mucho. Mi problema con el habla se debe a que, en una crisis de dolor, mi presión subió a niveles muy altos y tuve un accidente cardiovascular. Esto me ocasiona dolores interminables y constantes, además de mucha dificultad respiratoria. En ocasiones, no puedo mover ninguna parte de mi cuerpo. Me han hecho muchos estudios, muchos análisis, me han visto muchos médicos, incluso

he pasado por algunas operaciones, pero la enfermedad sigue avanzando. Ya no hay nada que se pueda hacer.

—¡Vaya! —Ross quedó en silencio y no dijo nada más por un rato.— Yo solo nací así, y así estaré el resto de mi vida. Puedo comprender un poco cómo te sientes. Yo seré, con gusto, el mejor amigo que puedas tener jamás.

—¡Gracias, amigo! Estoy seguro de que sí —respondió Diego con una sonrisa.

—Confiamos en ti respecto a lo que nos dices sobre tus padres, Diego. Pero si se llega a presentar algún problema, yo personalmente acudiré a hablar con ellos —dijo papá muy serio.

—Por supuesto. Estoy tranquilo, porque sé que todo estará bien.

—¿Siempre maneja usted, Ricardo? —preguntó mamá con tenacidad.

—Sí, señora Poulsen. Siempre estoy con Diego, desde que tiene dos años.

—Bien, eso me deja tranquila. No me digas "señora Poulsen", puedes decirme Katheryn.

—Bien, Katheryn. No soy el padre de Diego, pero puedo decirles que sus intenciones son buenas. Los llevaré y traeré a casa sanos y salvos todos los días.

—¡Muy bien! Hagámoslo, entonces. Por ahora, yo me debo ir, si no perderé mi transporte al trabajo. Los amo, hijos. Nos vemos en la cena. Cariño, ¿nos vamos?

—Sí, ya nos vamos. Ricardo, por favor quédate con nuestro número. Ante cualquier eventualidad con los chicos, me llamas. Con cualquiera de los tres —mamá se levantó de la mesa y nos dio un beso a todos. A Diego le dio un beso y un cálido abrazo que lo hizo crujir de dolor.— Lo siento, cariño. Espero que podamos compartir más tiempo contigo. Muchas gracias por lo que haces por mis bebés.

—Es un gusto, señora Poulsen.

Mamá le dio una mirada amenazante.

—Bueno... Katheryn. Es un gusto.

La ida a la escuela ese día fue increíblemente rápida. Ricardo nos ayudó a subir a Ross al auto, y yo me encargué de ayudar a Diego. Hablamos sobre muchas cosas; Diego estaba ansioso por contarnos cómo sería todo de ahora en adelante. Prometió no dejarnos solos en ningún momento en que necesitáramos su ayuda. Es increíble, pero para un niño de trece años, estaba muy consciente de cómo era el mundo verdaderamente, sobre todo las personas.

—Sabrán que muchas personas comenzarán a hacerles preguntas acerca de este cambio en su llegada a la escuela.

No deben preocuparse, solo digan que son amigos de Diego Rinaldi. Nadie los molestará con eso y tampoco les harán más preguntas. Quizá los niños sí, pero los adultos no se atreverán. Verán, mis padres son personas poderosas en cuanto a dinero se refiere. Todos en esta ciudad los respetan mucho.

—¿Dijiste Rinaldi? ¿Eres hijo de Bernardo y René Rinaldi? —dijo, sorprendida.

—Sí. ¿Sabes quiénes son?

—Sí, mi padre trabaja en uno de sus supermercados. El señor Rinaldi siempre ha sido bueno con él. Papá está a cargo del área de pescadería, carnicería y verduras. Lleva más de veinte años trabajando allí, en la sucursal del centro. ¿De verdad crees que no habrá ningún problema con que te involucres con nosotros?

—Para nada. Papá es un hombre bueno, no le importa la condición social de las personas. A diferencia de mi madre... ella creció en una familia adinerada; mi padre no. Con la pequeña herencia que recibió de mis abuelos, amasó todo un imperio. Trabaja de sol a sol.

—¿Y crees que tengamos problemas con tu madre por esto que haces con nosotros?

—A mamá no le importa. Tiene sus propios asuntos. Además, tener un hijo como yo siempre ha sido un problema... una vergüenza dentro de su círculo de

amigas. Soy su único hijo y solo la he visto conmovida por mí cuando estoy en crisis.

—Bueno, Diego... es tu madre, y te ama. Estoy segura de que ninguna madre quiere ver a su hijo en mal estado. Quizá su forma de querer sea diferente a la de las demás, pero te ama.

—No es eso. Hace poco supe que, si yo llegara a fallecer, mi madre perdería todos los privilegios que tiene gracias a mi padre. Él la dejaría con lo poco que heredó de sus padres. Y para ella, eso no es suficiente.

—Vaya... lo comprendo. ¿Por qué todo tiene que girar siempre en torno al dinero? Yo no entiendo mucho de eso. En casa casi nunca hablamos del tema, pero sé que nuestros padres hacen malabares para llegar a fin de mes.

—Puedo explicarte lo que quieras sobre el dinero. Aprovecha ahora que tengo tiempo. Aún no me iré de este mundo, así que puedo ayudarles cuando quieran.

—¡Me encantaría! Por supuesto que sí. ¿Cuándo comenzamos?

—Podemos empezar hoy, después de la escuela, si te parece.

—¡Claro que sí!

Después de llegar a la escuela, mis maestros y compañeros quedaron impactados al verme bajar del auto de Diego. Muchos me miraban con admiración y

curiosidad; otros, con envidia y resentimiento. Debo decir que esos días me gané más enemigos que amigos, solo por estar cerca de él. Al principio me costó entender por qué.

Algunas niñas me preguntaban si Diego era mi novio. Me limitaba a responder: “Es mi amigo”. En ocasiones, incluso terminé a los golpes con algunos compañeros que decían cosas que no debían. Los días fueron casi siempre así, pero procuraba no prestarles demasiada atención.

Recuerdo claramente cuando comenzaron nuestras clases de finanzas con Diego. Fue ese mismo primer día, después de la escuela.

—¿Tus padres te dan mesada todos los días? — preguntó Diego, algo avergonzado.

—Sí. Todos los días nos dan cuatro dólares: dos para Ross y dos para mí. Es lo que usamos para comprar lo que queramos en la bodega de la escuela. A veces me compro un dulce, o un refresco con galletas. Ross, en cambio, siempre espera hasta la salida para comprarse un par de helados. Es lo que más le gusta.

—Bien. Aquí viene tu primera lección sobre el dinero. Si quieres tener más, tienes que ahorrar. Ahorrar es guardar para después. Cuando tengas lo suficiente, podrás comprar algo que puedas vender, y así multiplicar

tu dinero. Puedes empezar con algo pequeño; no tiene que ser algo grande.

—Lo entiendo. Entonces... ¿debo guardar diariamente una parte de lo que me dan mis padres?

—Sí, correcto. Para ayudarte, puedo darte un dólar todos los días.

—No, no quiero. Déjame hacer esto sola. Sé que podré. ¿Crees que Ross pueda participar también en este experimento?

—Está bien, buena respuesta. Eso denota tu compromiso contigo. Si Ross lo hace desde temprana edad, mucho mejor. Explícale en casa cómo funciona; que lo vea como un juego. Veremos sus ahorros después de tres meses, si te parece bien.

—¿Tres meses? Son noventa largos días... Pensé que sería mucho más rápido —dije, sin poder esconder mi decepción.

—Esa es la clave para acumular riqueza: el tiempo. Pero hay que hacerlo inteligentemente. Ya verás que pasa rápido, Susan. Cuando te des cuenta, estarás feliz con tus ahorros, y entonces pasaremos a la segunda fase del plan. Por ahora, tu misión es contenerte y no gastar ese dinero. Déjalo crecer.

—Bien, haré lo que dices. Confío en ti.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí.

—Bueno... has sido un buen amigo. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Lo que quieras.

—¿Por qué nos ayudas?

—Verás... yo siempre he estado muy solo. Aunque en casa hay muchos empleados, prácticamente son mi familia. Jamás veo a mis padres. Me cuesta hacer amigos porque me ven como un bicho raro. Los empleados me tienen cariño, pero no es lo mismo. A mi madre ya la conoces... y a papá lo veo muy poco. Cada vez que los veía caminando a la escuela, comprendí que ustedes me aceptarían como su amigo. No solo por la condición médica de Ross, sino porque alguien que empuja a su hermano para llevarlo a la escuela y luego se ocupa de sus propios asuntos debe tener un gran corazón. En mi escuela no hay muchos así.

—Gracias. Igual, espero que puedas tener más amigos además de nosotros.

Ricardo ayudó a subir a Ross al auto. Le contamos el plan de ahorro y estuvo de acuerdo. Desde ese día, hicimos justo lo que Diego nos aconsejó.

Los meses transcurrieron con normalidad y calma. Diego pasaba por nosotros cada mañana. Ross y yo

guardábamos los dos dólares que solíamos usar para la escuela. Desayunábamos bien, llevábamos una fruta y esperábamos comer de nuevo en casa. Al principio fue difícil adaptarnos. Ya teníamos una rutina, pero con el tiempo, la nueva se volvió sencilla.

Con mucha disciplina logramos alcanzar nuestro primer objetivo: al cabo de tres meses, entre los dos habíamos ahorrado 240 dólares. Para nosotros, eso era muchísimo dinero. A veces pensábamos en gastarlo en una buena comida para todos en casa. Otras veces, en un juguete nuevo —hacía mucho que no teníamos uno—. Y otras, simplemente queríamos dejarlo guardado para siempre. No sabíamos qué hacer con tanto.

Pero Diego sí lo sabía.

En el lugar donde vivíamos hacía calor en esa época del año. Diego sugirió que compráramos refrescos para vender. Cuando los vendiéramos todos, podíamos comprar más, y así sucesivamente. Según él, esa era una forma de multiplicar el dinero.

Ross se entusiasmó con la idea. Desde que supimos lo que debíamos hacer, pusimos manos a la obra. Queríamos hacerlo por nuestra cuenta, pero, considerando que éramos tan niños, pedimos ayuda a nuestros padres. Al principio estaban desconcertados con la idea, pero el hecho de vernos ocupados les complacía.

Mi padre tenía un amigo que distribuía refrescos en el supermercado donde trabajaba, y nos dio una mano.

El amigo de papá pasó ese primer día por casa y nos dejó cinco cajas de refrescos, de 24 botellas cada una. Él mismo nos ayudó a llevarlas dentro. Yo las metía en el refrigerador de casa y Ross me las pasaba una a una. Fue él quien tuvo la idea de colocar una mesa afuera, en la calle, y también una pequeña cava con hielo para mantener los refrescos fríos.

Estuvimos allí los dos, por más de cuatro horas. Nada ocurrió. Jugábamos cartas mientras esperábamos a los futuros clientes. Hasta que, sin darnos cuenta, una anciana que vivía frente a casa cruzó la calle con dificultad y se acercó.

—¡Buenas tardes, chicos! —dijo con amabilidad.

—¡Hola, señora MacGregor! ¡Qué alegría que haya venido! —dijo Ross, emocionado. Sabía que tendríamos nuestra primera venta.

—Estoy emocionada de verlos aquí. Ya llevan varias horas. Los he observado desde mi ventana. Quiero comprar dos refrescos, uno para mí y otro para Lucas.

—¡Con mucho gusto! Susy, por favor, ¿podrías ayudarme? —me dijo Ross, estirándose con dificultad hacia la cava.

—Puedo alcanzarlos, Ross, tranquilo —respondí, mientras sacaba los refrescos y se los entregaba a la señora MacGregor, quien regresó a su casa con la misma calma con la que vino.

—¡Siiiiii! —gritó Ross, mientras ella aún cruzaba la calle—. Este negocio será un éxito, Susy. Ya verás.

Ver a Ross tan emocionado fue una de las mejores razones para continuar.

Ese primer día vendimos solo dos. El segundo, otros dos. Pero al tercer día vendimos doce, y después muchos más. Tanto, que no lográbamos mantenerlos suficientemente fríos. Entonces, Ross propuso comprar un congelador más grande. El de casa ya no daba abasto: no cabían más de sesenta botellas. Debo decir que el genio del negocio siempre fue Ross. Él me decía qué hacer, y yo buscaba los medios para ejecutarlo. Siempre fue un niño prodigio, aunque él pensaba lo contrario.

Para la compra del congelador, nos ayudó mi madre. Fue hasta el centro, escogió uno cómodo para nosotros y lo llevó a casa en una pequeña camioneta. Mis padres estaban tan emocionados como nosotros. Nos apoyaban y ayudaban en todo lo que necesitáramos. Cuando tuvimos ese primer activo —como lo llamaba Diego—, todo creció más rápido. Y con eso, también llegaron nuevos retos. Todos acompañados de Diego.

Todo iba viento en popa. Con diez y cuatro años, éramos dueños de nuestro pequeño negocio. El hábito del ahorro se mantuvo. Nuestros padres comenzaron a seguir nuestro ejemplo y cada día agregaban un dólar de las propinas a la alcancía familiar. Ross y yo hacíamos lo mismo. Siempre había alguna anciana que nos dejaba algo más que el precio del refresco.

Capítulo 3

Aquella noche

Los años fueron transcurriendo. Tanto Ross como Diego venían bien en cuanto a salud se refiere. Ross era cada vez más independiente: trataba de hacer las cosas por sí mismo a pesar de la movilidad limitada en sus piernas. Ayudaba en todo lo que podía con el negocio de los refrescos, que ya no era solo de eso. Con el tiempo también comenzamos a vender tortas y golosinas. Cada cierto tiempo agregábamos más productos, y la mesa ya no era suficiente.

Papá nos acondicionó la habitación pequeña de abajo para que pudiéramos manejar nuestro pequeño negocio desde casa. Así Ross estaría más cómodo y no pasaríamos tanto tiempo bajo el sol. Abrimos una ventanita que daba hacia la calle, y desde allí atendíamos a los clientes después de la escuela.

A medida que Ross fue creciendo, se volvió más inteligente y despierto. Las conversaciones con Diego lo

ayudaban a expandir su mente. Cuando cumplió diez años, nos sorprendió con una propuesta.

—He estado pensando... —nos dijo—. Quiero comprar unas prótesis para mis piernas. Quiero caminar. Quiero ser más útil para el negocio. ¿Podríamos incluirlo en los planes financieros?

Nos quedamos en silencio. Diego, sin dudar, ofreció ayudarnos con un préstamo, pero Ross y papá se negaron con firmeza. Era un proyecto que querían lograr por sí mismos, como familia. Lo agradecieron de corazón, pero se aferraron a su decisión.

Si Ross tenía diez años, yo ya había cumplido dieciséis, y Diego tenía dieciocho.

Fue una época hermosa. A medida que crecíamos, no solo lo hacíamos en edad, sino también en conocimiento, disciplina y metas compartidas. Yo no sabía bien qué sentía por Diego. A veces me parecía estar tan enamorada como el primer día que lo vi, y otras, simplemente lo veía como mi mejor amigo.

Diego había terminado la secundaria. Yo ese año ingresaba a la universidad. Él decidió tomarse dos años de descanso. Su enfermedad había avanzado mucho y, en ocasiones, los dolores no le permitían salir de casa.

Su madre, en raras ocasiones, nos permitía visitarlo. Cuando eso sucedía, Ross y yo aprovechábamos cada

minuto del día con él. Aunque su madre sabía que le hacíamos bien, evitaba cualquier cercanía. Diego insistía en que sus razones eran otras. El señor Rinaldi, en cambio, siempre se alegraba al vernos y nos recibía con gusto. Nos permitía visitarlo cuando quisiéramos, pero evitábamos abusar de eso para no generarle problemas a Diego.

Una tarde, sonó el teléfono.

Era Ricardo.

—Diego está internado —dijo—. Tuvo una crisis muy fuerte. Perdió el conocimiento. El pronóstico... no es bueno.

Nos quedamos helados. Mamá preparó todo rápidamente. Fuimos los cuatro al hospital.

Para mis padres, Diego ya era parte de la familia. No concebían la idea de que estuviera en crisis sin que nosotros estuviéramos a su lado.

Cuando llegamos, toda su familia estaba allí. Y no eran pocos. La sala estaba repleta. Nosotros... no encajábamos en ese lugar. Preguntamos por Diego, y todos nos observaron como si fuésemos intrusos, o peor... cucarachas.

Solo el señor Rinaldi nos recibió con calidez. Se acercó con una sonrisa quebrada y nos guió hasta la habitación de Diego.

Y allí estaba.

Inconsciente. Conectado a varios tubos. Su cuerpo parecía dormido, pero todos sabíamos que no estaba allí con nosotros. Verlo así fue devastador. Mis padres me miraron con tristeza y desesperación. A Ross lo levantamos entre los dos para que pudiera alcanzarlo con la mirada.

El señor Rinaldi me tomó por los hombros. Su rostro era una mezcla de ternura, dolor y contención. Entonces dijo.

—Antes de la crisis solo pronunciaba tu nombre, Susan. Estaba muy desesperado por verte.

Los médicos nos han dicho que, si logra salir de esta crisis, será un milagro. No podemos entrar todos a la habitación, ni a cada momento... pero he reservado, aun en contra de la voluntad de mi esposa, que seas tú la primera en entrar. Estoy seguro de que si él te escucha... volverá. Mi niño volverá.

—Señor Rinaldi —dije entre lágrimas—, no puedo asegurarle eso. Pero agradezco que me dé la oportunidad de tocarle la mano.

Sentía cómo mi corazón se partía en pedazos. Se me hacía un nudo en la garganta. No podía contener las lágrimas. Siempre fui de carácter fuerte, jamás doblegué mis emociones ante nadie. Pero Diego tenía el poder de

hacer que mis piernas temblaran y mi corazón se polarizara por segundos con solo mirarme con esos hermosos ojos color turquesa.

Me preparé con toda la indumentaria necesaria para ingresar a la habitación. Apenas se podían ver mis ojos. Llevaba guantes, túnica, gorro, cubre zapatos, mascarilla y un protector facial de plástico. Las enfermeras abrieron la puerta —que se deslizaba como en una nave espacial— y entré.

Sin contar el traje, estaba sudando de pies a cabeza. Mis manos se resbalaban dentro de los guantes. Mi corazón latía con fuerza al escuchar el sonido rítmico del oxígeno automático. Los monitores marcaban números, líneas, alarmas silenciosas... datos que no comprendía. Fue uno de los momentos más difíciles de mi vida.

—Hola, amigo. Estamos aquí contigo —susurré.

No podía tocarlo directamente, pero aun así me quité un guante y toqué su mano. Estaba pálida. Y fría. Muy fría.

No quise pensar mal. Me dije que era el aire acondicionado de la habitación.

Era la primera vez que lo acariciaba. Lloré allí mismo, pero en silencio. Esperaba, con toda mi alma, que su mano apretara la mía. Pero no sucedió.

Tenía solo quince minutos con él. Diego no reaccionó en ningún momento. Antes de salir, le di un beso en la mejilla. Estaba igual de fría que su mano. Jamás le había dado un beso, así que si ese era mi último momento con él... me quedaría el recuerdo hermoso de ese gesto.

—¿Y bien? —preguntó el señor Rinaldi, esperanzado.

—Nada... Lo siento mucho. No reaccionó a nada — dije, y me fui en llanto a los brazos de mi madre.

Ross estaba con papá en la otra sala de espera, junto con algunos amigos de la familia de Diego. Pedí volver a casa. No tenía sentido quedarnos allí a esas horas de la noche. Mis padres accedieron y nos despedimos de los padres de Diego.

Su madre nos miró con una mezcla de agradecimiento y vergüenza.

—Gracias por venir —dijo, con la cabeza gacha—. Sé que son muy importantes en la vida de mi hijo. Quiero que sepan que siempre estaré agradecida por los momentos de felicidad que él ha vivido con ustedes.

—Diego es un gran chico, señora Rinaldi —respondió mi madre con dulzura—. Lo apreciamos mucho. Es parte de nuestra familia. Ese chico se ha ganado nuestro respeto y cariño. Por favor, si no es mucha molestia, manténganos al tanto de su evolución. Estaremos muy pendientes de él.

—Por favor, Katheryn... dime René. Le pediré a Ricardo que los lleve a casa. Sé que lo hará con gusto. Luego le diré que descanse. No ha dormido en muchas horas.

—Muchas gracias, René. Lo agradecemos mucho.

Mi madre se quedó unos segundos más. Luego, con voz baja, le dijo:

—De madre a madre... ¿puedo decirte algo?

—Sí, claro. Dime.

—No pierdas la fe. Nuestros hijos vinieron a darnos lecciones de vida. Amarlos es nuestro mayor privilegio. Ámalo como él necesita ser amado, no solo a tu manera. Es un joven extraordinario. Jamás lo olvides. Es fuerte... y yo estoy segura de que logrará superar esta crisis. El amor de todos nosotros, especialmente el de ustedes, es lo que puede salvarlo. Gracias por permitirnos estar, de alguna forma, con Diego.

—Gracias, Katheryn. Agradezco tus palabras. Lo siento si me he comportado como una cretina. Siempre sentí celos de cómo Diego es con todos ustedes... y por todo el amor y la confianza que él les tiene.

—No te preocupes, René. El amor de tu hijo es enorme, y estoy segura de que absolutamente nadie ocupará el lugar que su madre tiene en su corazón.

Estamos pendientes de Diego. Te dejaré nuestro número. Pueden llamarnos a la hora que sea, no importa. Estamos todos con ustedes.

Volvimos a casa en silencio. No podíamos hacer nada por Diego. Solo nos quedaba esperar el mejor resultado posible. Durante todos los años que lo conocimos, fuimos grandes amigos. Compartimos secretos, anhelos, miedos, alegrías. Diego fue ese amigo que todos necesitamos alguna vez en la vida.

Cuando terminó el bachillerato, soñaba con estudiar medicina en una ciudad grande. Sin embargo, sabía que sería más complicado por su condición de salud. La enfermedad había avanzado demasiado. Los andadores ya no le servían, y la silla de ruedas se convirtió en su mejor aliada.

A mí no me molestaba. Estaba acostumbrada por Ross. Con los años me hice más fuerte, y podía ayudar a Ricardo con más facilidad. Jamás vi a Diego como alguien a quien debía ayudar. Nunca sentí lástima. Al contrario, siempre lo vi como un chico valiente y persistente ante la adversidad.

Se mantenía ocupado, lleno de ideas. Nos ayudaba con el negocio de la bodega. Con el tiempo, mamá dejó su trabajo y se quedó atendiendo el negocio mientras

nosotros estudiábamos. Junto a Diego, tomaron decisiones importantes que nos hicieron crecer.

Ese año, nuestra meta era que papá pudiera renunciar a su trabajo y sumarse al negocio familiar. Pero Ross nos cambió los planes con su decisión de comprar las prótesis. Y aun así, estábamos todos muy contentos con su decisión.

Esa noche no pude dormir. Sabía que mis padres tampoco. Ross, en cambio, ya venía casi dormido en el auto cuando Ricardo nos trajo de regreso.

Me levanté temprano. Quería abrir el negocio y ocupar mi mente en algo que no fuera Diego. Necesitaba sentirme útil. No quería tener las manos atadas, como lo estábamos todos.

A las dos de la tarde, el teléfono de mamá no había sonado. Estábamos todos pendientes de cualquier noticia sobre Diego, pero no ocurrió nada.

—¿Crees que todo esté bien, mamá?

—Creo que todo sigue igual. Nadie ha llamado. Si ocurre algo —para bien o para mal— Ricardo nos avisará de inmediato.

Debemos mantener la calma, aunque sea difícil... y no perder la paciencia. Hay que tener fe en que Diego saldrá de esta crisis.

—Nunca lo habíamos visto así, mamá. Estoy realmente preocupada. ¿Y si no despierta jamás?

—Diego es un chico muy fuerte, Susy. Por supuesto que saldrá adelante, hija.

¿Te dio oportunidad de decirle lo que sientes por él?

—¿Qué siento de qué, mamá? —traté de disimular, desviando la mirada—. Le dije a Diego que todos sus seres queridos estábamos junto a él, que debía ser fuerte, que aún nos faltaban muchas lecciones por aprender juntos. Y sobre todo, que su madre y su padre lo amaban profundamente y querían que su pequeño hijo volviera a casa.

—Sabes de qué te hablo, Susy. He visto cómo lo miras. Cómo lo atiendes. Cómo te pones cuando sabes que vendrá a casa. Sé que sientes amor por él.

Y no hay nada de malo en eso.

Además, creo que él siente lo mismo por ti desde hace muchos años. Me atrevería a decir que te ha amado... incluso antes de conocerte.

—¿Crees que así sea, mamá?

—Tienes que decírselo, Susy. Sobre todo, con la condición de Diego. Uno no elige a quién amar... y a ti te ha tocado un amor difícil, hija. Pero no por eso menos verdadero. Cuando Diego despierte, debes hablar con él. Si él fallece luego de eso, estarás en paz... porque se irá

sabiendo que lo amabas. Hay padres que dicen que a los dieciséis no se puede sentir verdadero amor. Eso es mentira. A esa edad se ama con más intensidad, con más inocencia, y con intenciones más hermosas que cuando ya eres adulto. Lo aprenderás con el tiempo, hija. Pero no te robes tu paz del futuro, Susy. Además, estoy segura de que a él le encantaría saberlo. Lo más probable es que esté esperando que tengas mayoría de edad para decírtelo. No lo sé... Diego es un joven muy especial. Un caballero. Siempre tan respetuoso, tan dulce.

—Sí, mamá. Lo sé. Está bien... me animaré a contarle. ¿Y si no le gusto? ¿Y si me rechaza?

—Si lo hace, al menos estarás segura de lo que él siente. Tal vez sea incómodo un par de meses... pero con el tiempo ese sentimiento se irá calmando. Y si es lo contrario —como creo que será— entonces vivirás uno de los mejores momentos de tu vida, Susy. La vida se va muy rápido, hija. Y más la de Diego, que, lamentablemente, siempre pende de un hilo.

—Sí, mamá. Lo sé. Tomaré tu consejo. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Soy tu madre, Susy. Te conozco, te observo. Siempre estoy pendiente del corazón de mi niña. Diego es un buen chico. Tu padre y yo estamos de acuerdo con que puedan ser algo más que amigos. Siempre has sido

muy madura para tu edad. Responsable, cuidadosa, profundamente honesta. Tienes nuestro permiso. Y siempre puedes hablar con nosotros, ¿sabes eso?

—Sí, mamá. Siempre lo he sabido...Pero sabes que estos temas siempre dan vergüenza.

—El amor no tiene por qué darnos vergüenza, hija. El amor es lo más hermoso que puede ocurrirle a una persona. No debemos ocultar lo que sentimos. Todos somos dignos de ser amados y protegidos.

—¿Hasta la peor de las personas, mamá?

—Hasta la peor persona del mundo tiene quien la ame. Que alguien no sea capaz de demostrar lo bueno que hay en su interior... no significa que no pueda ser amado. Dios nos ama a todos por igual. No importa lo que hayamos hecho o lo que hayamos decidido ser. Todos somos sus hijos.

—Lo entiendo, mamá.

Gracias por ser tú quien inició esta conversación.

Le di un abrazo fuerte y sentido.

Y justo entonces, el teléfono comenzó a sonar.

Capítulo 4

Volvió

Los días transcurrieron, y Diego seguía sin responder a ningún estímulo. Íbamos al hospital todos los días. Con el paso del tiempo, solo quedábamos sus padres y nosotros. Los amigos de la familia comenzaron a ir cada vez menos. Muchos les sugerían a sus padres que se resignaran: probablemente Diego permanecería en coma por mucho tiempo más.

Pero ninguno de nosotros perdía la esperanza.

A pesar de todo, ya lo habían desconectado del respirador. Respiraba por su cuenta. El reposo, de algún modo, parecía estarle haciendo bien. Su cuerpo comenzaba a recuperarse poco a poco. Solo faltaba que despertara.

—¿Qué más podemos hacer, doctor?

—No hay mucho que hacer, señor Rinaldi. Hemos intentado todo para que Diego despierte. Esta mañana ordenamos una tomografía para revisar su evolución cerebral, pero aparentemente todo está funcionando

correctamente. No hay nada, médicamente hablando, que impida que vuelva a tener conciencia. La verdad... estamos consternados. Solo nos queda esperar.

—Esta espera nos tiene desesperados, doctor. Mi esposa está al borde de la locura. No duerme, no come, no hace otra cosa que hablar de Diego, día y noche. Si sigue así... tendré que internarla también. En cualquier momento se va a descompensar.

—¿Quiere que la revisemos ahora?

—Si se deja, doctor. Es muy terca. Solo quiere que Diego despierte.

—Quizás yo pueda hablar con ella, Bernardo.

—¿No te molestaría, Katheryn?

—Por supuesto que no. Diego también es como mi hijo, y puedo imaginar lo que René está sintiendo como madre.

—Gracias, Katheryn. Te lo agradezco.

—No hay de qué. Hablaré con ella. Ojalá me escuche.

Mis padres estaban cada vez más comprometidos con la salud de Diego. Nos turnábamos para estar todos presentes. Si ellos iban, yo me quedaba con Ross en casa y atendíamos el negocio. Cuando regresaban, Ross y yo íbamos al hospital. Éramos un verdadero equipo.

Esa tarde, mamá logró conversar con la señora Rinaldi. Ella aceptó que el médico la examinara y prometió mejorar su alimentación.

Cada vez que iba al hospital, el médico me permitía pasar veinte minutos con Diego. Siempre le hablaba de cómo estaban las cosas. Le leía fragmentos de su autor favorito.

Ese día estaba por salir de la habitación cuando escuché su voz.

—Pensé que siempre te despedías con un beso.

Mi corazón dio un salto.

—¡Diego! —me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza.

No esperé que dijera más. Salí corriendo a buscar al médico. Todos entraron en la habitación rápidamente. No me permitieron quedarme, pero no me importó.

Diego había despertado.

Ross llamó de inmediato a nuestros padres, que salieron al hospital sin perder un segundo.

Estuvieron con Diego más de una hora. Comenzamos a ponernos nerviosos. René no hacía más que caminar de un lado al otro. Mamá no se separó de ella ni un momento. El señor Rinaldi estaba desesperado por entrar. No podía creerlo.

No avisaron a nadie. Prefirieron mantener la noticia en silencio hasta estar completamente seguros de que Diego había vuelto... y sin secuelas.

—Ya pueden pasar —dijo el médico, con una sonrisa enorme en el rostro—.

Hemos examinado a Diego y está muy bien. Sus signos vitales responden de forma estable. Nos dijo que no siente dolor. Tiene hambre, pero antes le pasaremos un suplemento alimenticio por sonda gástrica. Queremos asegurarnos de que su estómago responda bien después de tanto tiempo sin comida sólida.

Es solo una medida preventiva.

Si todo marcha bien, en dos días podrá comer normalmente.

Pueden pasar cuando quieran, por favor de dos en dos. No quiero que se altere con tantas personas en la habitación.

Tómense el tiempo que necesiten, y ante cualquier novedad, avísennos de inmediato.

De verdad... estamos muy contentos. Está fantástico.

Los padres de Diego fueron los primeros en entrar. René no podía contener las lágrimas, y el señor Rinaldi estaba visiblemente nervioso.

Estuvieron con él unos treinta minutos, hasta que finalmente salieron y nos dijeron a Ross y a mí que podíamos ingresar.

Ross estaba muy emocionado de volver a hablar con Diego.

Yo no podía con todo lo que sentía.

—¡Amigo, qué alegría verte despierto! —dijo Ross apenas entramos a la habitación.

—¡Ross! Qué bueno verte —respondió Diego, extendiendo una mano hacia él.

—No sabes la alegría que nos has dado, amigo. Todos estamos felices de que finalmente hayas despertado.

¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. No me duele nada. Hace mucho no sabía lo que era eso: estar sin dolor.

Tengo algo de hambre... pero estoy bien.

¿Y tú cómo estás, Susan?

No me salían las palabras.

—Bien... estoy agradecida de que estés con nosotros de vuelta.

—Sí, lo sé.

Podía escucharlos a todos, pero no podía moverme ni hablar.

Estuve mucho tiempo pensando... intentando calmar mi mente. Al principio me desesperé. Pensé que me quedaría así toda la vida.

Pero poco a poco me fui serenando. Me concentré.

Escuché cada palabra, cada visita.

Estoy muy agradecido con ustedes. Sobre todo, por el apoyo que le han dado a mis padres.

Mi madre es otra, y sé que Katheryn tuvo mucho que ver con eso.

Pronto le agradeceré personalmente.

Debo decir que no me he perdido de mucho... me han mantenido muy bien informado de todo.

—¿De todo? —pregunté, nerviosa.

No estaba segura de sí, en alguna visita, mamá le había dicho algo sobre mis sentimientos por él.

—Sí, Susan. De todo.

Pero ya tendremos oportunidad de conversar tú y yo... largo y tendido.

—Esto huele a romance —dijo Ross, riendo.

Le di un pequeño golpe en el hombro.

—No seas imprudente, Ross.

—¡Vamos, chicos!

Somos amigos desde hace muchos años. Ya es hora de que hablen y sinceren sus emociones.

Deberían decirse que se quieren... y que quieren ser novios.

—¡Ross! Basta.

Diego permanecía en silencio. Solo nos observaba.

—Bueno, está bien. Me callo...

Pero nadie me va a decir que estoy equivocado.

En fin, es su asunto.

Voy a darles un minuto a solas, antes de que entren papá y mamá. No se demoren, ellos también quieren verte, Diego.

—Descuida, amigo. Seremos breves.

Ross salió de la habitación, y quedé a solas con Diego. Mi corazón parecía que se iba a salir por la boca. Estaba hecha un manojito de nervios.

—Ven, Susan. Acércate un poco —me dijo Diego—. Solo quiero agradecerte por todo lo que has hecho por mí. Gracias por leerme, por hablarme, por darme ánimo... Escuchar tu voz todos los días me ayudaba mucho a concentrarme. Me ayudaste a salir de ese estado. Estuve meditando, ¿sabes?

—¿En serio? —pregunté, con los ojos llenos de lágrimas mientras sostenía su mano.

—Sí. Recuerdo cuánto insistías en que la meditación podía ayudarme... y tenías razón.

Me ayudó, no solo a calmar mi mente, sino también mi cuerpo.

Cuando logré hacerlo, mis dolores comenzaron a disminuir. Fue casi mágico.

No digo que esté cien por ciento recuperado, pero sin duda me siento mucho mejor.

Los médicos no saben si podré caminar de nuevo, pero tengo ánimo.

Espero que con las terapias pueda lograrlo... y que el dolor desaparezca del todo.

—No te apresures, Diego. Primero tienes que recuperarte bien de esto. Ve paso a paso. Estuvimos realmente muy preocupados. Nuestra vida sin ti fue un desastre. Parecíamos unos zombis. —Diego soltó una carcajada.

—¿Pero qué cosas dices, Susan?

Solo fueron unas semanas. Además, no sabían si me iría definitivamente o si me quedaría.

—Tú lo dices como si nada...

Pero si te mueres, te vamos a extrañar muchísimo.

—¿Cuándo me muera? ¡Me acabo de levantar prácticamente de la muerte!

—Bueno, tú siempre hablas de la muerte...

Ya sabes cómo se siente. Y también sabes lo que nosotros sentimos. Así que ya estás advertido.

—¡Susan! Ven, no te molestes.

Entiendo lo que me dices.

Yo también estaba preocupado.

Pero ya estoy aquí. Pronto saldré del hospital y volveremos a nuestra vida de antes.

Tuve mucho tiempo para pensar...

Ven.

Me acerqué a Diego, y sin pensarlo demasiado, lo besé.

Fue breve, delicado.

Para mí fue apenas un segundo... pero entonces, alguien abrió la puerta.

—¡Sí, lo sabía! ¡Diego y Susy son novios! —gritó Ross desde la entrada.

—¡Ross! Por favor, cállate. Podrían escucharte —dijo mamá con firmeza.

Ross no podía ocultar la felicidad que tenía en el rostro.

Mis padres entraron a la habitación. Papá estaba más serio de lo habitual.

—¡Diego! Muchacho, qué alegría verte despierto —dijo papá, sin mencionar el beso.

—No sabes cuánto nos alegra que estés consciente otra vez, hijo. Estábamos muy preocupados.

—Gracias, señor.

Gracias, Katheryn.

Por preocuparse por mí y por estar con nosotros.

Sé que usted ha hecho una gran amistad con mi madre, Katheryn. Ella me lo dijo.

—Nada que agradecer, muchacho.

Estuvimos aquí porque te queremos como parte de nuestra familia. Como un hijo más.

—Estamos muy felices de que hayas despertado, Diego.

Mi esposo tiene razón: te consideramos parte de esta familia.

—Nada me hace sentir más honrado.

Estoy bien. Estoy de vuelta. No se librarán de mí tan fácilmente.

—Eso espero, muchacho. Eso espero.

—Bueno, nos vamos a casa. Necesitas descansar.

Nos alegra verte tan bien.

Esperamos tenerte con nosotros en unos días.

—Estoy seguro de que sí.

Capítulo 5

Un nuevo inicio

Los días transcurrieron con normalidad después de la salida de Diego del hospital. Todos estábamos muy emocionados y aliviados de que la tormenta hubiera pasado.

Continuamos con nuestras lecciones de finanzas. Su habilidad natural para los negocios era simplemente impresionante.

No habíamos tenido la oportunidad de hablar sobre el beso que nos dimos en el hospital. Cuando no estaban mis padres, Ross estaba constantemente con nosotros dos. Sin embargo, sabía que no me iba a escapar de esa conversación. Tenía sentimientos muy extraños.

Por un lado, quería hablar al respecto, pero por otro, me moría del miedo. A los 16, no siempre sabemos cómo actuar frente a esas cosas. No era un secreto que yo siempre había sentido algo por Diego. Y sabía que él también sentía algo por mí. Pero no me atrevía a dar un paso más.

—¿Qué te tiene tan distraída? —preguntó Diego desde la puerta de la cocina.

No había notado que llevaba más de diez minutos revolviendo el azúcar de la taza de té. El invierno había llegado, y el té me ayudaba a calentarme.

—¡Ah! No, nada... Estaba pensando en las cosas que tengo pendientes. ¿Tienes mucho tiempo allí? —pregunté con timidez.

—Ya veo. No, no mucho. Ross acaba de irse con Ricardo. Fue a la cita con el médico por la prótesis. Estamos solos en casa.

Mi reacción fue tan evidente que derramé la taza de té en el suelo.

—¡Oh, vaya!

Me apuré a recoger todo, mientras notaba cómo Diego se acercaba.

—Déjame ayudarte.

—No, tranquilo. Puedo hacerlo. No quiero que te agaches.

—No es nada.

Diego se agachó y me ayudó con los vidrios de la taza. Yo estaba muy nerviosa.

Mi corazón latía con fuerza al tenerlo tan cerca.

Terminé de limpiar todo rápidamente.

—¿Podemos hablar sobre aquel beso, Susan?

Mis ojos se abrieron como platos.

A esas alturas, ya casi no podía respirar.

—Sí, claro. Dime... ¿qué quieres hablar al respecto?

—Bueno, ya sabes.

Para mí significó mucho.

No sé si lo hiciste por la emoción de verme despierto, o porque... querías hacerlo.

—Quería hacerlo desde hace mucho tiempo —dije, sin vacilar.

—¿En serio?

—¿Por qué te mentiría?

—Es que nunca había besado a ninguna chica.

Como sabrás, mi condición no me hace precisamente atractivo para muchas.

—Bueno... si ese era el problema, ya sabes cómo es.

Y no deberías hablar de ti así.

Eres un chico atractivo e interesante.

Podrías gustarle a cualquier chica.

—¿Yo te gusto?

No me había dado cuenta de que, tácitamente, ya se lo había dicho.

Sentía que el corazón me iba a estallar.

—Bueno... creo que eso fue lo que quise decir.

Los ojos de Diego se iluminaron como un par de estrellas.

—Tú también me gustas, Susy. Mucho. Amo estar contigo, con tu familia... Siempre me han hecho sentir como parte de ustedes. Me encantaría ser algo más que tu amigo. Pero no sé si tus padres lo aprueben; al final, soy mayor que tú. No sé lo que piensen.

—¿Me estás pidiendo que sea tu novia?

Diego empezó a sudar. Parecía que le iba a dar un infarto.

—Si eso es lo que tú también quieres —dijo.

Fui yo quien se acercó para besarlo de nuevo. No lo pensé demasiado. Mi cuerpo y mis emociones hablaron por sí mismos.

—Gracias por todo lo que has hecho por nosotros, Diego. Jamás olvidaré nada de lo que hiciste y sigues haciendo. No sé cuánto tiempo tenemos... pero el que sea, lo quiero contigo. No quiero perderte sin que sepas lo que siento.

—Susy, siempre he sabido lo que tu corazón siente por mí. Me preocupaba que tú no supieras lo que yo siento desde el primer momento en que te vi.

Me sonrojé.

—¿Quieres una taza de té? Hace frío.

—Si no la vas a derramar, por supuesto —respondió con una sonrisa. Nos reímos y conversamos un rato más.

Acordamos que antes de dar cualquier paso formal, hablaríamos con nuestros padres.

Hablar con mis padres fue difícil. Estaba avergonzada y muerta de miedo por lo que pudiera decir papá. Diego comenzó la conversación. Yo solo guardé silencio. Ross, desde el sillón del frente, se notaba emocionado. Mamá sonreía de tanto en tanto. Papá, muy serio. Hasta que finalmente habló.

Nos dio su aprobación.

Se sentía tranquilo y seguro con Diego. Para él, Diego ya era parte de la familia, y eso lo facilitó todo.

La conversación con los padres de Diego la inicié yo. Estaba más serena y segura. Para mi sorpresa, ambos se mostraron contentos. Sabía que el señor Rinaldi siempre había estado encantado conmigo. Pero la señora René... ella me había mirado con recelo durante años. Esta vez fue diferente: dulce, amable. Admitió que yo era buena para su hijo. Eso me bastó.

Los meses transcurrieron con normalidad. Diego se esforzaba mucho en sus terapias, y comenzamos a notar mejorías. La felicidad le sentaba bien.

Ross, por fin, consiguió sus prótesis. Aprender a usarlas fue complejo, pero siempre se mantuvo optimista, con ese espíritu tan hermoso que siempre lo había caracterizado.

La relación entre Ross y Diego era única. Tenían su propio lenguaje. Hacían chistes negros sobre su condición todo el tiempo. Nos incomodaban, sí, pero no podíamos evitar reírnos. Su forma de reírse de sí mismos les daba poder.

Una vez, se inscribieron en un equipo de fútbol y otro de básquet, solo para ver las caras de sus compañeros. No pretendían jugar... pero los dejaron jugar igual. Hicieron amigos maravillosos. Estoy segura de que cambiaron muchas vidas.

Mi relación con Diego también crecía. Sus gestos, sus palabras, su compañía, todo me llenaba el alma. Aunque pasábamos poco tiempo a solas, siempre encontraba formas de expresarme cariño.

Diego estaba muy enfocado en su recuperación. Meditaba todos los días y creía firmemente en la sanación mental. Trataba de animarme a intentarlo, pero mi mente era un torbellino. Nunca lograba concentrarme.

Aun así, disfrutaba cada segundo con él. De alguna forma, había aprendido a vivir con la posibilidad de perderlo, aunque no quería pensarlo.

Él, en cambio, nunca hablaba de la muerte. Solo irradiaba bienestar. Su energía era contagiosa. Era difícil no sentirse lleno de vida a su lado.

Los médicos no daban muchas esperanzas a largo plazo. La enfermedad avanzaba. Pero Diego mostraba vitalidad. Así que todos dejamos de preocuparnos. Su madre, sin embargo, insistía con controles y terapias de todo tipo: para caminar, para socializar, para mejorar emocionalmente. Diego la complacía en todo. Sabía que era su forma de demostrarle amor.

Solo había un límite que ella no cruzaba: el tiempo que compartíamos. Al menos dos horas al día, todos los días. Diego decía que eran “momentos de vida que no quería perderse”. Y ella respetó eso.

Para René, todo era nuevo. Antes de esa crisis, apenas pasaba tiempo con Diego. Viajaba mucho, estaba centrada en sus amigas y su rutina. Apenas si veía al señor Rinaldi. Después de aquella noche, todo cambió. Comenzó a estar más presente, más comprometida. Se volvió madre, al fin.

Aprendí entonces que a veces, las tragedias tienen un propósito. Aquel momento difícil nos transformó a todos. Y, sin duda, **nos unió como nunca antes.**

Capítulo 6

Las acciones valen más que mil palabras

A mis veintidós años tuve mi primer encuentro íntimo con Diego. Me encantaría decir que fue perfecto... de no haber sido porque terminó en una ambulancia camino al hospital.

¿Puedes imaginarlo? Dos personas enamoradas desde la infancia, planeando por años ese momento mágico, y de pronto todo se desmorona. Fue un desastre.

Primero, casi nos niegan la entrada al hotel por el estado de salud de Diego. Después, a mitad del encuentro, su cuerpo se paralizó por completo. Estaba tenso, con dolor. Y mientras yo entraba en pánico, él... seguía haciendo chistes.

—Pero, mi amor, ve el lado positivo. Llegamos hasta aquí, ¡vimos nuestra desnudez! Solo fue demasiada emoción para este cuerpo de adonis —dijo entre risas.

—No es gracioso, Diego. Ya llamé a la ambulancia. Estás rígido y no puedes moverte. ¡Me estás asustando!

—Cuando estoy feliz, no siento tanto dolor. ¿Podrías al menos pasarme una toalla? Que los paramédicos vean cómo la Torre Eiffel se esconde tras una tela.

—Diego, por favor...

—Vamos, amor, tendremos una gran historia para contar a nuestros nietos.

—¡Nunca contaría esto! ¿Te imaginas sus caras de horror?

—¿Horror? ¡Morirán de risa! “¿El abuelo así?” “¿Y tú, abuela, ¿qué hiciste?” “¿También te reíste?”

En ese momento tocaron la puerta de la habitación 333 —un número que nunca olvidaré— y entraron los paramédicos. Diego, aún con dolor, no dejó de bromear.

Yo no sabía si llorar o reír. Me permitieron ir con él en la ambulancia. No pagamos el hotel. Lo peor fue volver después: todo el personal nos reconoció. Nunca sentí tanta vergüenza.

En el hospital, le colocaron analgésicos y le administraron medicamentos para relajar su cuerpo. El médico explicó que su sistema colapsó por la intensidad emocional del momento. Su presión bajó bruscamente y su cuerpo quedó inmovilizado. Era serio, pero se estabilizó pronto.

Llamé a Ricardo, nuestro amigo leal, confiando en su discreción. Se quedó conmigo hasta que Diego salió de peligro.

Salimos del hospital tarde. Diego se mantenía enérgico, como si nada hubiese pasado. A mí, en cambio, me entregaron una pomada para que se la aplicara en casa. El color de mi rostro en ese momento... indescriptible.

—¿Vamos a casa? —dije, tratando de recuperar la compostura.

—Sí, claro. Ricardo, por favor, ¿puedes llevarnos?

—¿A cuál casa? —preguntó él con una sonrisa discreta.

—A la mía, por favor. Diego, hablamos en el camino.

—Como tú digas, mi amor. Pero no hagas esa cara. Estamos bien. Quizá solo necesitamos ir más despacio.

—¿De verdad crees eso? Llevamos años esperando este momento, Diego...

Mi tono fue más duro de lo que esperaba. Lo vi dolido. Su expresión cambió. Por primera vez, lo noté inseguro de sí mismo.

—Perdóname por no ser el novio que mereces —dijo en voz baja—. No puedo darte más que alegría. Como hombre, mi cuerpo no siempre responde.

—No hables así. No tiene nada que ver con eso. Solo... me frustra no poder compartir contigo como lo hacen otras parejas.

—Pero nosotros nunca fuimos una pareja como las demás, Susy. Siempre hemos sido diferentes.

—Lo sé —respondí bajito—. Pero igual, me molesta.

—Lo sé. Pero amargarnos no resuelve nada. Solo empeora las cosas —dijo Diego, con esa calma suya tan particular—. Por eso vivo esto con alegría. Trato de ver lo bueno, lo bonito, lo positivo. Yo no soy solo mi cuerpo, Susy. Soy mi espíritu, mi actitud, mi felicidad. Yo soy el que te ama. Vivo aquí dentro. No soy lo que mi cuerpo muestra.

—¡Ay, Diego! —Mis ojos se llenaron de lágrimas. Lo abracé tan fuerte que pude sentir los latidos de su corazón, firmes y lentos, como si buscaran marcarme un nuevo ritmo.

—Te amo, Susan. Te amo con todo lo que mi alma puede sentir. Siempre te he amado... siempre te amaré. Quizá no lleguemos a ser abuelos después de todo —su voz se quebró, y su mirada se tornó una sombra profunda.

—No adelantemos las cosas. Vamos a intentarlo de nuevo, pero esta vez despacio, con calma. Vamos a jugar, a divertirnos. Nuestros cuerpos se adaptarán poco a poco.

Podemos hacerlo también por mensajes, como antes... paso a paso, sin dolor.

—Fue el dolor más maravilloso de mi vida. Ver tu cuerpo, tu desnudez... fue demasiado para mí. Colapsó mi cuerpo, sí, pero mi alma se sintió más viva que nunca. No me arrepiento. Eres lo más hermoso que me ha pasado. Tu energía, Susan... la amo.

No pude responder. Cada palabra suya me dejaba sin aire. Mi corazón palpitaba con una fuerza desbordante. Estar con Diego era como vivir dentro de un milagro: no deseaba estar en ningún otro lugar del mundo. Y aunque ninguno de los dos lo dijo, sabíamos que ese tropiezo no iba a rompernos. Solo sería una parte más de nuestra historia. Imperfecta, sí... pero profundamente nuestra.

Cuando la vida te cruza con personas como Diego y Ross, no puedes más que amarlas con todo tu ser. Aferrarte a su luz, porque sabes que un día el cielo vendrá a buscarlos.

Esta parte de la historia la llamo *Espejismos* porque así se sintieron nuestros momentos juntos: breves, brillantes... irreales. Diego era tan auténtico, tan perfecto en su forma de estar, de amar, de enseñar. Mi madre solía decir que estar cerca de él era como estar cerca de un ángel de Dios.

Y tenía razón.

Las enseñanzas de Diego iban más allá de las finanzas o los negocios. Eran lecciones del alma, de la vida, de lo eterno. Su sola presencia sanaba.

Ross, por su parte, fue siempre ese niño amoroso, sincero, divertido y, sí... también un poquito insoportable. Pero con Diego era él mismo, sin filtros, sin miedo. Entre ellos no hacían falta palabras ni explicaciones. Solo estaban.

A veces pienso que el ruido del mundo nos hace perder el rumbo, pero Ross escuchaba su propio silencio interior. Lo exterior no lo alteraba. Sabía que lo mejor que tenía... era a él mismo.

Cuando Ross y Diego se fueron, nada volvió a ser igual. Y por eso, le hablo a mi mente con dulzura y le digo: fue un espejismo. Fue un sueño hermoso, fugaz, que el universo me permitió vivir.

Perdí más que muchos. Más que mis padres, más que los suyos. Perdí a mi hermano y al amor de mi vida. Mis dos únicos amigos. Mi todo.

Perdón si acabo de revelar algo antes de tiempo, pero recordarlo... decir en voz alta lo que significaron, me desborda.

Diego cambió todas nuestras vidas. La de Ross también. Él iluminaba mis días con su autenticidad. Y aunque ahora esté ausente, no existe historia suya que no

me haga reír. Ninguna. Su sonrisa sigue contagiando todos los rincones de mi memoria.

Mis padres siguieron adelante. Siempre pensé que, de alguna manera, ellos se prepararon para la partida de Ross desde el vientre de mi madre. Ya sabían que el bebé venía con condiciones específicas. A mí, en cambio, nadie me preparó. Yo no me preparé. Siempre creí que me iría antes que Ross.

Por eso mi amargura inundó tantos rincones de mi vida. Como dije antes, no solo perdí a mi hermano. También perdí a Diego. Fue un golpe tan duro como un accidente de tránsito, pero sin accidente. Dos enfermedades. Dos personas distintas. Dos ausencias imposibles.

Pero en fin... este capítulo trata de eso: que una acción vale más que mil palabras. Y mi madre era precisamente eso: una mujer de actos. Difícilmente era expresiva con palabras. En nuestro hogar, ella era la fuerte. El amoroso siempre fue papá.

Ella, por el contrario, era firme, decidida, dura si hacía falta. Con un carácter y una determinación que yo siempre envidié. Admiraba a mi padre por su dulzura, por sus gestos constantes de ternura, por su forma de decir “te amo” con palabras y abrazos. Pero también

admiraba la valentía silenciosa de mi madre. Papá era el policía bueno de la familia. En todos los sentidos.

Siempre pensé que mamá era así porque sabía que debía ser fuerte. Se había estado preparando para ese golpe desde antes de que Ross naciera. Sabía que papá no lo soportaría solo.

Hoy, que soy madre, entiendo muchas cosas. Mi madre fue valiente. No imagino mi vida sin mi hija, y tampoco puedo imaginar el dolor de perder a un hijo como Ross. Un niño tan maravilloso y dulce.

Mi madre amaba con hechos. Si estabas triste, te hacía un postre y te acompañaba a ver una película. Si estabas molesto, te llevaba al campo a lanzar piedras o a dispararle a latas vacías. Si lo que necesitabas era silencio, te dejaba con un lápiz y un cuaderno. Siempre tenía un acto para ofrecer, pero pocas palabras. No sabía cómo hacerlo. Nunca supo expresar sus emociones con la voz.

Rara vez la vi llorar. Y cuando lo hacía, eran apenas dos lágrimas que cruzaban su rostro, silenciosas. Papá, en cambio, lloró muchas veces como un niño, en sus brazos. Ella lo abrazaba, le acariciaba el cabello o la espalda y lo dejaba desahogarse. Luego, sin decir nada, le preparaba una taza de té, le daba unas galletas, y se acostaba con él en el sillón de la sala. Se quedaban ahí. Uno más calmado,

el otro ausente en sus pensamientos... pero siempre juntos.

Recuerdo una de las noches más oscuras que vivimos con Ross. Estaba muy delicado. Le costaba respirar, apenas podía hablar. Solo nos miraba, a los tres, desde su cama. Lo acompañábamos en silencio, cada uno aferrado a su forma de amar. Hasta que, con todas sus fuerzas, dijo:

—Familia... creo que ahora sí es el fin.

—¡No digas eso, hijo! —respondió papá, rompiendo en llanto una vez más.

—Déjalo que hable, cariño —susurró mamá, con voz quebrada pero dulce.

Yo no pude decir nada. Sentía cómo mi corazón se rompía en mil pedazos. No conocía —ni quería conocer— una vida sin Ross.

—Me queda poco tiempo. Lo sé. Pero quiero que sepan que ustedes fueron la mejor familia que pude haber tenido. Los amo. No quiero irme sin decirles cuánto los amo. A todos... incluyendo a Diego. Tienen que seguir adelante sin mí. Sé que será aburrido, pero sé que lo harán.

—Ross... eres lo más hermoso que todos nosotros hemos vivido. Tu amor y tu luz siempre estarán con nosotros, hijo. Sabes que siempre te hemos amado más de lo que puedas imaginar, y hablo por todos.

—Sé que no soy de palabras —continuó mamá, con la voz temblorosa pero firme—, pero no puedo dejarte ir sin que sepas que mamá te ama. Siempre te ha amado. Desde antes de nacer, ya te amaba. Siempre fuiste mucho más de lo que cualquiera pudo haber esperado, mi niño. Estoy orgullosa de ser tu madre.

—Ahora, hijo... puedes irte en paz cuando así lo decidas, o lo decida el Padre. No hay más que hacer que brindarte nuestro amor, nuestra dedicación, nuestra luz. Me quedo tranquila sabiendo que estarás en una compañía hermosa... que estarás bien.

—Seguiremos adelante. No pidas mucho el primer año, pero te prometo que el segundo lo llevaremos mejor. Ve a donde tengas que ir, hijo. Camina de la mano de Dios, y sigue siendo un buen chico. Fue un honor ser tu familia, hijo amado... un honor.

Ahora ya no era mi padre quien lloraba desconsoladamente. Jamás había escuchado el corazón de mi madre hablar así. Sus palabras llenaban la habitación, reconfortaban, eran profundamente genuinas. Qué hermosa madre me había dado Dios. Qué hermosa familia, en general.

Yo no podía hablar. Solo miraba los ojos de Ross, que me suplicaban una palabra. Pero no pude decir nada. Me

acerqué a su rostro, le di un beso grande y profundo en la frente, y fue entonces cuando lo escuché susurrar:

—Yo también te amo, Susy...

Lo miré, y lo abracé tan fuerte que parecía que yo misma no le permitía seguir respirando.

—No puedo estar sin ti, Ross. Eres mi mejor amigo... ¿A quién le voy a contar mis cosas? ¿Con quién voy a reírme ahora?

—Tienes a Diego, Susy. Además, yo siempre estaré contigo. Con todos. Me llevarás eternamente en tu mente... y en tu corazón. Solo debes ser fuerte. Como siempre lo has sido. Serás feliz. Tendrás hijos... te casarás. Claro que puedes, Susy. Siempre has podido. Siempre.

—Además —dijo con una sonrisa débil— tú eres como mamá: dura, fuerte y con carácter.

Bajé la mirada hacia donde estaba mi madre. Ella me devolvió una sonrisa serena, llena de paz. Su rostro irradiaba una calma que me sostuvo.

—No voy a irme ahora, Susy. Estoy bien... por ahora. Pero sé que no me queda mucho tiempo.

—Sigue con el negocio. Sé que harás un gran trabajo. Sé que estarás bien.

Capítulo 7

Un enfoque diferente

Cuando ocurrió lo de Ross y Diego, todos quedamos profundamente devastados. No entendíamos por qué las cosas tenían que ser así. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que tanto Diego como Ross sabían que no les quedaba mucho tiempo. Ninguno nos lo dijo con palabras, pero ahora comprendo cómo nos estaban preparando, poco a poco, para ese momento.

Diego comenzó a insistir más en que hiciéramos cosas que antes no habíamos hecho. Estaba empeñado en que yo aprendiera sobre liderazgo, finanzas avanzadas, organización y gerencia. Me presionó durante meses. Incluso llegó a pagar escuelas muy costosas para asegurar que estuviera preparada para “todo lo que vendría”.

En ese entonces, no entendía por qué tanto apuro. Esa presión nos trajo discusiones. Recuerdo especialmente una que comenzó conmigo:

—Diego, no entiendo por qué me presionas a tal punto que ya ni puedo manejar mis emociones.

—Porque más adelante tendrás que hacerlo. Y sentir esto ahora te da la oportunidad de practicar y mantenerte firme.

—Pero... ¿para qué? Nuestro negocio es pequeño. No necesito finanzas avanzadas para manejar una tiendita.

—¿Eso es lo que aspiras? ¿Una tienda pequeña? ¿No hay más sueños en ti, Susan?

—No se trata de eso. Solo siento que falta mucho para llegar a algo más grande, Diego. Por favor...

—No sabes cuándo las cosas pueden cambiar, y debes estar preparada. Además, siempre has sido muy inteligente. No quiero que eso se pierda o se estanque. Vas a ser grande, Susan. Mucho más de lo que puedes imaginar. Así que debes continuar.

—¿Y si eso no es lo que quiero?

—Entonces dime, ¿qué es lo que sí quieres?

—Quiero estar en paz contigo y con mi familia...

—Eso ya lo tienes. ¿Qué más?

—Ser feliz.

—Otra cosa que ya tienes. ¿O no eres feliz, Susan?

—Sí... sí lo soy. Solo que no quiero seguir yendo a la escuela. Me siento agotada, estresada. Hay muchas cosas que no entiendo, y me frustra.

—Eso es diferente, Susan. No te entran porque tú misma estás cerrada al conocimiento. Estás poniendo un freno al aprendizaje, y eso solo tú puedes destrabar. Ya te lo dije: si no entiendes algo, estoy aquí para ayudarte.

—No entiendo por qué tanto berrinche —agregó, frustrado.

—¿Qué?

—Que estás haciendo un berrinche sin necesidad. Ya lo hablamos, Susan: tus estudios no se negocian. Mucho menos tu crecimiento.

—¿Desde cuándo te convertiste en un tirano, Diego? ¡Tú no eres mi dueño! Yo puedo decidir lo que quiero para mi vida, y esto no lo quiero. —Me levanté, con el corazón en la garganta, y me fui sin mirarlo atrás.

Diego no corrió detrás de mí. Y eso me dolió en lo más profundo. Yo tenía 26 años, y aunque por fuera aparentaba tener el control, por dentro me sentía agotada, frustrada, confundida. Estaba saturada: entre el negocio, la escuela, ayudar a mis padres y otras responsabilidades, apenas me quedaba tiempo para compartir con Diego. Casi nunca estábamos solos. Siempre rodeados de gente. Y eso, aunque no lo decía, me molestaba.

Con el paso del tiempo, fui adaptándome a lo que él me enseñaba. Empecé a comprender el propósito de su

presión: solo quería dejarme herramientas para sobrevivir. Pero había algo que olvidó enseñarme... cómo vivir sin él.

Creo que por eso, en los últimos meses, comenzó a alejarse un poco. Tal vez pensaba que, si estaba menos presente, me dolería menos cuando ya no estuviera. Eso creía yo... pero lo que realmente sucedía era mucho peor.

Una tarde, salí antes de lo previsto. Llevaba dos días sin verlo, y no aguanté más. Me fui directo a su casa. Todos se sorprendieron con mi llegada, lo cual no era raro: no solía ir a menudo. No por falta de cariño, sino por falta de tiempo. Pero apenas crucé la puerta, escuché algo que me paralizó: los gritos de Diego. Gritos de dolor. Gritos que desgarraban el alma.

—¿Qué está pasando, Martina? ¿Dónde está Diego?

—Señorita Susan, no puede pasar. El joven Diego no...

No escuché el final. Subí las escaleras corriendo, sin pedir permiso. Entré sin tocar. Y ahí lo vi.

Diego estaba tendido en la cama, conectado a unos electrodos. Su cuerpo mojado, tenso. Jadeaba. Gritaba. Estaba recibiendo terapia de electricidad y agua para activar sus músculos.

—¡Déjenlo en paz! —grité desesperada y me lancé sobre la cama—. ¡Diego, mi amor! ¿Estás bien?

—¿Susan! ¿Qué haces aquí? —jadeó, intentando recuperar el aliento.

—¿Estás bien? —pregunté mientras las lágrimas me corrían sin control y le quitaba los cables del cuerpo. Tenía marcas rojas por todo el pecho, brazos y piernas.

—Estoy bien, Susan. No te preocupes.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué te están haciendo?

—Es una terapia. Me ayuda a mantener mis músculos activos.

—¿Esto es lo que haces cuando no estás conmigo? ¿Sufrir así?

—Esto me mantiene aquí, Susan.

—¡Van a terminar parando tu corazón si sigues soportando tanto dolor! ¡Dios mío, Diego! ¿Acaso quieres morir?

—Susan... por favor. Déjame terminar. Son dos horas de sesión. Apenas llevo treinta minutos.

—¡Sobre mi cadáver te van a volver a someter a esta tortura! ¿Tus padres están de acuerdo con esto?

—Por supuesto que no. Pero no les queda opción. Soy mayor de edad y tengo derecho a decidir sobre los tratamientos para mi cuerpo. Esto me da fuerzas para seguir aquí. Y el propósito era que no te enteraras de esto. ¿Quién te dejó entrar?

—¿Te estás escuchando, Diego?

—Susan, necesito que por favor te vayas ahora.

—No me iré, Diego. No voy a permitir que te hagan esto otra vez.

—¡Susan! —gritó él, molesto—. ¡Por favor, vete ahora!

Jamás me había gritado. Nunca me había tratado así. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me retiré en silencio de la habitación, bajé las escaleras y, mientras salía de la casa, los gritos de Diego seguían resonando. Dolorosos. Profundos.

Sentí cómo el corazón se me subía hasta la garganta. Las lágrimas simplemente caían. No podía detenerlas. No supe qué dolía más: si el trato de Diego o el dolor que él soportaba en silencio solo por seguir aquí. No lo sé. Pero tengo claro que, si me hubiese quedado un poco más, todo habría estallado.

Confiaba en Diego más que en mí misma. Quizá por eso dolía tanto. Sabía que debía haber una explicación, así que, mientras caminaba a casa, intenté tranquilizarme. Cuando llegué, me mostré serena. No quería que nadie, especialmente Ross, notara lo mal que estaba.

—¿Qué te pasó? No estás bien. Lo siento —dijo Ross. Si Diego me conocía mentalmente, Ross era un detector emocional.

—Estoy bien, amigo. No pasa nada.

—No soy un niño, Susy. Ya no puedes engañarme con eso. ¿Sucedió algo con Diego?

—¡Estoy bien, Ross! ¡Solo necesito estar sola! —le grité antes de encerrarme en mi habitación.

Lo vi paralizado, esperando respuestas. Sentí que le rompía el corazón. Pero se dio media vuelta y se fue a la cocina. Siempre respetaba mis espacios. A medida que crecíamos, fue más sencillo establecer límites con él. No era necesario haberle gritado. Si se lo hubiera pedido con calma, él habría entendido. Sin duda, mi comportamiento solo confirmó sus sospechas: algo iba mal.

Pasaron varios días y Diego no volvió a casa. Yo tampoco lo busqué. Como una forma de castigarlo —o de castigarme— dejé de asistir a mis clases. Me preocupaba, porque eran clases muy costosas, y perderlas era un desperdicio. Pero cuando el ego se interpone, es difícil razonar. Estaba llena de orgullo, rabia, frustración. Dejé de atender mis responsabilidades en casa, en el negocio. Me pasaba los días encerrada, autocompadeciéndome. No comía. No seguía ninguna rutina. No me daba cuenta del daño que me estaba haciendo a mí misma.

Hasta que un día, estando sola con papá, todo cambió.

Él, que siempre había sido un hombre calmado, paciente y sereno, entró a mi habitación como una tormenta. Abrió la puerta de golpe. Caminó directo a las ventanas y corrió las cortinas. Sin decir una palabra, arrancó las sábanas de mi cama y me dejó caer al suelo. Luego, sin gritar, solo dijo:

—Ya basta, Susan. Te vas a levantar. Vas a darte un baño y bajarás a comer con tu familia. Tus padres y tu hermano llevan días esperándote. Es suficiente. No juzgo tus emociones, pero ya fue.

Hizo una pausa breve. Respiró. Y continuó:

—Voy a salir de esta habitación y te esperaré abajo. Tienes una hora. Cuando terminemos de comer, ordenarás este desastre y volverás a todas tus actividades, incluyendo tus clases. No me importa si no te gustan. Asumiste un compromiso y vas a terminarlo. Los Rinaldi han pagado mucho dinero por esos estudios, y no se desperdiciará. Si no quieres seguir en el negocio familiar, lo entiendo. Pero no vas a quedarte aquí, encerrada, el resto de tu vida.

Se giró hacia la puerta, y antes de salir, soltó una última frase:

—Tu madre y yo ya vivimos con la angustia constante de no saber cuándo morirá Ross. No vamos a vivir

también con la angustia de cuándo te rendirás tú. No es justo.

Y se fue.

Capítulo 8

El día que todo cambió

Cuando Diego regresó de su viaje, tuvimos la oportunidad de hablar y calmar las cosas entre nosotros. Había estado en Hawái con sus padres, cerraron algunos negocios y abrieron otros. Siempre me dijo que la playa era el mejor lugar para estar. Así que, al volver, quiso llevarme al mar. Él soñaba con vivir cerca del océano.

Yo, por mi parte, no soportaba el sonido repetitivo de las olas, ni el roce de la arena en los pies, ni ese viento constante. Para mí, todo eso era una especie de tortura. Pero para Diego, era mágico.

No me negué. Fuimos a la playa durante una semana. Los primeros días fueron difíciles para mí, pero con el tiempo, todo se volvió más cálido y dulce. Diego estaba convencido de que, si me quedaba el tiempo suficiente, acabaría amándolo tanto como él. Yo no estaba tan segura.

—Quiero proponerte algo, Susan.

—¿Matrimonio? —dije bromeando.

—Sí, pero además de eso... algo más.

—Diego, un momento. ¿Te estás escuchando?

—Sí, claro. Te voy a proponer matrimonio ahora. Eso me tiene tranquilo, estoy seguro de que aceptarás. Pero lo otro... eso me preocupa.

—Venga, Diego, tu seguridad me aniquila —me reí, tratando de calmar sus nervios. Estaba poniéndose colorado.

—¿Quieres tener un hijo conmigo?

Por poco le escupo el refresco en la cara.

—¿Un hijo? ¿Ahora?

—Sí.

—¿Antes de casarnos?

—¿Acaso importa?

—No, tú sabes lo que pienso. Pero, Diego... ¿cómo vamos a hacer eso si apenas logramos acariciarnos sin que termine en el hospital?

—Tengo la manera. Cuando estuve en Estados Unidos, fui a una clínica de fertilidad. Dejé una muestra de esperma.

—¿Estás loco? —el pánico comenzaba a apoderarse de mí. Nunca imaginé una propuesta así.

—No lo estoy. Pero lo estaría si no hiciera esto. Debes saber que no estaré contigo para siempre. Pero quizá

nuestro hijo, o nuestros hijos, sí lo estén. Hasta que estés viejita. Y te cuiden. Será como tenerme cerca, mi amor.

—A ver, Diego... entiendo lo que me dices. Pero no sé qué responderte ahora. Quiero casarme contigo, sí. Pero jamás me había preguntado si quería ser madre. Me da miedo.

—No tienes que responder ahora, Susan. Puedes pensarlo. Yo, igual, ya estoy preparado.

Después de ese momento, el viaje dejó de ser tranquilo. Mis pensamientos me estaban enloqueciendo. Trataba de mantenerme serena, pero las preguntas eran cada vez más grandes, más profundas. No me sentía preparada para una aventura así. Sabía que contaría con mis padres, pero no sabía si podría con todo. ¿Cómo iba a criar a un hijo si apenas podía sostenerme a mí misma? ¿Y si Diego ya no estaba?

Eran demasiadas cosas.

Al volver a casa, lo primero que hice fue ir a la cocina a prepararme un té. Los días de calor me habían hecho olvidar el frío constante de la ciudad. Mientras calentaba el agua, mi madre apareció, como siempre, silenciosa y oportuna.

—¿Preparas uno para mí también?

—Por supuesto. ¿Con limón?

—Sí, por favor —a mamá le gustaba el té negro con limón y un poco de azúcar. Yo prefería el de menta, por su sabor y porque me ayudaba con la congestión nasal del frío.

—¿Cómo estuvo el viaje?

—Estuvo tranquilo. Me encantó ir a la playa, y eso es mucho decir, ya sabes cómo soy. Pero fue hermoso. El paisaje, todo. Llegué con dos propuestas, mamá. Una ya está decidida, pero la otra... todavía no estoy segura.

—¿Quieres contarme? —preguntó mientras sorbía su té.

—Antes de que me cuentes —añadió—, quiero darte algo que te compré mientras estabas de viaje.

Sacó una cajita rosa, decorada con estrellas rojas. Dentro había un collar precioso, con un dije en forma de corazón dorado. Tenía nuestras iniciales grabadas. En la parte de atrás decía: *“Te amo, hija.”*

Fue inevitable llorar. Las lágrimas rodaron por mi rostro, silenciosas.

—Gracias, mamá. Yo también te amo —dije con la voz quebrada.

Me quedé en silencio unos segundos, tratando de interpretar todo lo que estaba pasando. Luego, con un nudo en la garganta, continué:

—Mamá... Diego me pidió matrimonio. Dije que sí. Ese no es el problema... lo que pasa es que quiere que tengamos hijos. Y no te lo había contado, pero nosotros no hemos podido tener intimidad sin que termine en emergencias. Dice que dejó su esperma en un laboratorio en Estados Unidos, para cuando yo lo decida. Pero la verdad... nunca antes había pensado en tener hijos.

—¡Oh, vaya! Primero que nada: felicidades. Qué noticia tan hermosa. Estábamos esperando que nos sorprendieran con lo del matrimonio. A juzgar por cómo son ustedes, pensábamos que llegarías casada a casa. Has crecido tanto, mi niña —mi madre se acercó y me dio un abrazo profundo. Luego, comenzó a llorar.

—Mamá, no llores. Aún no sabemos cuándo nos casaremos. Solo fue una propuesta...

—Lo sé —respondió, secándose las lágrimas—. Pero igual me emociona. Eres nuestra única hija, es normal. Además, sabes que no soy de llorar.

Respiró profundo y continuó:

—Con respecto al otro tema, debes tomártelo con calma. Tu corazón sabrá cuándo estás lista. Si decides no tener hijos, estoy segura de que Diego lo entenderá. Y si los quieres, pero no ahora, también está bien. Tú sabrás cuál es el momento... aunque te advierto algo: jamás se

está completamente preparada para ser madre. Es totalmente natural tener miedo.

Las palabras de mi madre se sintieron como el rocío de la mañana: frescas, tranquilizadoras, llenas de una serenidad amorosa.

—Gracias por tus palabras, mamá. Lo haré así. Cuando esté lista. Por ahora... sé que sí estoy lista para casarme con Diego. No he pensado en nada más. Solo quiero disfrutar del tiempo que tenemos. Es todo.

—Es comprensible, hija. Y... te estaba esperando. ¿Notaste que no hay nadie en casa?

—Sí, lo noté. Pensé que papá y Ross estaban con los proveedores. ¿Pasa algo?

—Sí, hija. Ross está internado desde hace tres días. No quisimos decirte nada para no arruinar tus pequeñas vacaciones con Diego. Pero está delicado. No sabemos si sobrevivirá esta vez.

—¿Pero mamá?! ¿Qué pasó?

—Tuvo una crisis muy fuerte. A causa del dolor, su corazón no pudo resistir la presión. En el hospital nos dijeron que su corazón se detuvo por un momento, y que el flujo sanguíneo no llegó adecuadamente al cerebro. Le causó complicaciones graves. Ahora está en cuidados intensivos, Susy. Creo que el momento que tanto hemos temido nos está rozando los talones.

—¿Puedo verlo? —pregunté con la voz temblorosa y los ojos a punto de desbordarse.

Mientras iba camino al hospital, trataba de prepararme psicológicamente para lo que iba a enfrentar. Ross no solo era mi hermano menor, era mi mejor amigo, un ser lleno de luz, alegría y vida. Solo imaginarlo conectado a una máquina de respiración artificial me rompía por dentro. Pero tenía que estar fuerte. Tenía que sostener a mis padres. Esta vez, más que nunca.

Siempre recuerdo su nacimiento. Aunque era una niña, sabía que algo no iba bien con el bebé. No lo trajeron a casa el mismo día en que nació. Tuvimos que esperar tres meses. Cuando por fin llegó, supe que nada sería “normal” con Ross. Al menos no como se entiende la normalidad.

Cuando llegamos, en la sala de espera estaban Diego y su familia. Mi padre estaba dentro, acompañando a Ross. En ese instante supe que la familia de Diego no se había separado de mis padres ni un minuto; estaban tan preocupados por Ross como nosotros.

—¿Estás bien? —preguntó Diego al acercarse.

—Sí... solo estoy impactada. No esperaba encontrarme con todo esto. ¿Y tú, cómo estás?

—Estoy bien. Vine apenas me enteré. Ya pasé a verlo. Es duro. Ahora entiendo el infierno que ustedes vivieron conmigo hace unos años. Pero sé que Ross saldrá de esta. Él es muy fuerte.

—Sí, también lo creo. Aunque mamá no está tan segura... yo confío en que lo superará.

—Susan, puedes venir a verlo —dijo mi padre, saliendo con el traje descartable en la mano.

—¿Cómo estás, hija?

—Gracias, papá. Estoy bien. Quiero ver a Ross... y estaré mejor. ¿Cuánto tiempo puedo estar con él?

—Unos treinta minutos. Yo siempre estoy veinte, para que no me limiten el ingreso.

Me preparé rápidamente con el equipo azul que usan los visitantes en Cuidados Intensivos. Me costaba respirar entre la mascarilla y el plástico de la careta. Las manos me sudaban dentro de los guantes de látex, y los pies me resbalaban dentro de los zapatos. Ni hablar del olor... ese olor tan penetrante y repulsivo que hay en esas salas.

Caminaba despacio pero con urgencia. Quería verlo, aunque una parte de mí deseaba que todo esto fuera una broma pesada de Ross. Al entrar a la sala, el silencio era sobrecogedor. Solo se escuchaban los pitidos descompasados de los monitores. La habitación estaba llena de tubos, cámaras y aparatos que me daban

escalofríos. Ross dormía, con un tubo en la boca que le ayudaba a respirar. Estaba más pálido que de costumbre, pero aún conservaba esa energía particular que solo él tenía.

Tomé su mano y la apreté con fuerza. Al principio no dije nada. Luego, comencé a hablar, convencida de que podía oírme.

—Me voy una semana... y tú terminas en el hospital, Ross. Si querías ir con nosotros, solo debiste decirlo. Pero hacer este berrinche es una tontería. Ya verás cuando te despiertes. Nos tienes a todos con el alma en un hilo. Aunque... bueno, también está bien hablar sin que me interrumpas. Quería contarte algo: me voy a casar con Diego... y además me pidió que tengamos hijos. Pero no estoy segura de si eso es lo que quiero.

En ese instante, Ross comenzó a toser por sí solo. Las enfermeras y los médicos entraron a toda prisa. Él abrió los ojos y extendió su mano hacia mí. Me hice a un lado para no estorbar. Desde un rincón, observaba cómo le retiraban el respirador, le hacían masajes cardíacos y monitoreaban sus signos vitales. Ross no dejaba de mirarme con esperanza.

Poco a poco, logró estabilizarse y respirar por su cuenta. Cuando pudo hablar, dijo con una voz débil pero firme:

—Si tienes un hijo... hazlo después de que me muera, así puedo reencarnar en ese cuerpo sano.

Todos en la sala estallaron en carcajadas. Ross, fiel a sí mismo, no podía evitar soltar una imprudencia incluso en ese momento.

Corrí a abrazarlo y le di un beso suave. Los médicos me pidieron que saliera para que Ross pudiera descansar sin emociones fuertes. Salí corriendo, con el corazón a mil por hora, ansiosa por contarles a mamá y a papá que Ross estaba consciente, que había vuelto con nosotros.

Pero al llegar a la sala de espera, la escena me paralizó: estaba llena de médicos y enfermeras rodeando a Diego, que había caído al suelo con un ataque al corazón.

Capítulo 9

Lo que hace especial esta historia

Durante toda mi vida, no hubo momentos más importantes que los que viví con Ross y Diego. Todo lo que aprendí sobre la vida, lo aprendí de ellos. Aquel instante en la sala de espera, viendo cómo atendían a Diego, fue el día en que supe que nada sería como antes.

Los médicos y enfermeros se lo llevaron rápidamente. Y yo solo podía repetirme en silencio: *Dios, por favor, déjalo con nosotros un poco más... no hemos tenido suficiente tiempo.*

Fue un remolino de emociones imposibles de definir. Alegría por la mejoría de Ross, angustia por la gravedad de Diego. No sabía cuándo sonreír ni cuándo llorar. Mis padres sentían lo mismo: un alivio inmenso y, al mismo tiempo, una pena profunda.

Ross preguntaba por Diego cada día. No podíamos decirle la verdad. Le inventábamos que estaba en sus terapias habituales, que se complicaba para venir. La

verdad era otra: Diego estaba en cuidados intensivos, conectado a decenas de aparatos.

¿Cómo puede la vida ser tan cruel? Tan codiciosa, incluso. Siempre toma lo que quiere, arrasa sin preguntar. Nos arrebató lo que amamos, lo que aún necesitamos. La naturaleza, al menos, parece aceptar la muerte sin tanto drama... pero nosotros, los humanos, lo convertimos todo en tragedia. Afectamos y dramatizamos como si el mundo girara en torno a nuestro dolor.

Aquel día cambió nuestras vidas para siempre. El día que ambos —Ross y Diego— se fueron juntos.

La conexión entre ellos siempre fue fuerte, pero jamás imaginamos cuán profunda podía ser. Con los días, Ross fue empeorando, hasta que debimos internarlo nuevamente. Diego llevaba más de veinte días en coma. Toda nuestra familia, junto a la de él, prácticamente montó un campamento en el hospital.

Los padres de Diego nos pagaron una habitación en un hotel cercano para que pudiéramos asearnos y descansar. Ellos estaban en el mismo sitio, lo que nos permitió acompañarnos mutuamente. Nos turnábamos en las visitas. Compartíamos comidas, silencios, oraciones. Nunca habíamos sido tan cercanos, tan *familia*, tan humanos como en ese momento.

Mi madre y la señora Rinaldi pasaban las tardes juntas, orando, conteniéndose. Mi padre y el señor Rinaldi hablaban poco, pero de vez en cuando salían a tomar café cuando el dolor se volvía insoportable. Lloraban en silencio, en rincones donde nadie pudiera verlos.

Yo solo tenía a Ricardo. Nos sentábamos a jugar ajedrez para “matar el tiempo”. No hacían falta muchas palabras. Las partidas se volvieron cada vez más intensas. Nos emocionábamos por cosas simples, porque evitaban que pensáramos en lo inevitable.

Y, aun así, nada nos preparó para perderlos a ambos el mismo día.

Aquella mañana me desperté con una sensación extraña. Había tenido un sueño hermoso. Estaba en una pradera, en pleno otoño. Las ramas amarillas crujían al viento. Los árboles estaban casi desnudos, esperando el invierno. Allí, frente a mí, estaban Diego y Ross. Diego caminaba sin andador. Ross, de pie, sin su silla. Lo miré y me pareció altísimo. No recordaba que fuera tan alto.

—¡Hola, Susy! Gracias por venir hoy aquí.

—Ross, qué alegría verte así. Y tú, Diego... qué hermoso estás hoy. ¿Qué hacen aquí?

—Vinimos a despedirnos, Susan.

—¿Despedirse? ¿Pero a dónde se van? No entiendo.

—No es preciso que lo entiendas ahora, Susy. Solo debes saber que ambos nos iremos... y estaremos bien. Y ustedes también lo estarán. Mi sobrina deberá llamarse René, no lo olvides. René. Vas a despertar y puede que lo olvides. Será niña, y debe llamarse René.

—¿De qué me hablas, Ross? ¿Por qué se van los dos?

—Porque así tiene que ser, Susan. Ambos debemos partir. Y ustedes deben descansar. No olvides lo que te enseñé. Para esto te estuve preparando: para cuando fuera el momento de irme. Estarás bien, Susan hermosa. El amor de mi vida. La mujer de mis sueños. La madre de mi hija. Siempre estaré con ustedes, Susan. Siempre.

—Dale a papá y a mamá mi abrazo, Susy. Los amo mucho más desde este lado de la vida. Nos volveremos a ver. Mientras tanto, sé feliz, hermana. Te amo por siempre.

—¡Ross!

Me desperté con el corazón hecho un revuelo de emociones. No sentía miedo, pero sí una paz profunda. Sin embargo, estaba confundida... enormemente. No recordaba con claridad el sueño, pero dos cosas quedaron grabadas: una despedida... y una niña llamada René.

Me levanté directamente al baño. Tenía unas náuseas espantosas. Vomitaba sin parar. No sabía si había comido algo que me hizo mal, pero me sentía muy mareada.

—Susan, ¿estás bien? —Sí, mamá. Solo son náuseas. Tuve un sueño muy extraño con Diego y Ross. Me desperté confundida.

—¿Puedo pasar? —Me levanté del suelo para abrir la puerta. Mi madre me miró con ternura. Se sentó a mi lado, me sostuvo el cabello y limpió las cerdas del vómito.

—¿Qué soñaste? —Fue raro. Era un lugar hermoso que no había visto antes. Ellos estaban sin sus sillas, sin sus andadores. Se despidieron de mí. Me dejaron abrazos, besos... Ross me dijo que su sobrina debía llamarse René. Básicamente, eso. Fue extraño.

—Susan... levántate. Debemos ir ahora al hospital. Ya. No hay tiempo que perder.

Mi madre se puso como loca. Despertó a papá, fue directo a la habitación de los Rinaldi y los hizo alistarse.

—¿Qué sucede, mujer? —No hay tiempo. Debemos irnos. Creo que Diego y Ross se irán juntos hoy. —¿Qué estás diciendo, Katheryn? —Lo que oyes, Ricardo. ¡Vamos!

Todos estábamos asustados por su conducta, pero nadie se atrevió a cuestionarla. Nos fuimos corriendo al hospital. Al llegar, todos los presentes se sorprendieron al vernos llegar juntos. Pedimos ingresar como familia. Por decisión del hospital, ya los habían puesto a ambos en la

misma habitación. No había mucho por hacer, así que nos permitieron entrar.

—Bueno, chicos. Aquí estamos todos. Queremos decirles cuánto los amamos. Siempre serán los hijos más hermosos que Dios nos regaló. Somos conscientes de todo lo que han atravesado. No queremos ser egoístas con su sufrimiento.

Mi madre hablaba desde lo más profundo de su alma. Nadie la interrumpía. Sabíamos que era una mujer de pocas palabras, así que solo cerramos los ojos y escuchamos.

—Diego, Ross... pueden irse en paz. Vayan, continúen su camino. Nosotros estaremos bien. Diego, no sé si hablo por tus padres, pero te lo digo como una segunda madre. Ross, te libero de toda carga emocional. Puedes irte, hijo mío. Ve al reino de Dios. Espéranos. Diego... tu hermoso regalo ya viene en camino. Será como ustedes dijeron.

Todos quedamos en silencio. Esa última frase nos desconcertó. Los padres de Diego se acercaron. Le susurraron “te amo” al oído y luego se dirigieron a Ross para agradecerle por tanto amor. Mis padres hicieron lo mismo y luego salieron de la habitación.

Me dejaron sola con ellos. No estaba dispuesta a despedirme.

—¿Ah, con que se van los dos el mismo día? Bien. ¿Es lo que desean? Perfecto. Y no se llamará René nada... se llamará como a mí me dé la gana. Ya ustedes se van y nos dejan aquí. No me importa. No pienso despedirme de dos cuerpos que no responden. Si quieren, nos vemos en mis sueños. No quiero más esto.

Salí de la habitación. Me senté con los demás y esperé la noticia. Estaba molesta, irritada, agotada. Solo quería que todo acabara.

Y así fue.

Ellos se fueron. Nosotros nos quedamos.

René —sí, porque terminé poniéndole René— creció con el recuerdo de su padre y su tío. Amada por cuatro abuelos que la adoraban. Nació sana. Completamente sana.

Hoy, a mis 35 años, puedo decir que ese niño llamado Diego cambió toda mi vida.